



CONGRESO NACIONAL

**TIERRA
TECHO
TRABAJO**



movimiento
Evita

PRÓLOGO

El Movimiento Evita, en octubre de 2016, realizó un Congreso Nacional del que participaron más de 1.500 compañeros. Hubo numerosos paneles, se escuchó la opinión de expertos y de militantes especializados en la problemática de los distintos ámbitos. Recibimos la visita y escuchamos el saludo fraternal y las posiciones de muchos dirigentes de otros espacios políticos y organizaciones sociales, incluida la CGT. Se intercambiaron experiencias de y entre todas las regiones del país. Confraternizamos, discutimos, nos emocionamos. Fueron realmente jornadas extraordinarias. Sin embargo, el cometido central del Congreso consistió en la discusión del documento político que se transcribe más adelante. Fue conmovedor contemplar a esa multitud de compañeros dividida en treinta y cinco comisiones, integradas cada una de ellas, por una cincuentena de militantes, enfrascada en la discusión de un texto extenso y complejo que ocasionó intercambios valiosos, a veces apasionados, a veces sombríos por cuanto se había perdido, pero siempre sostenidos por una fe inquebrantable en la inexorabilidad de la victoria popular en el devenir histórico.

Algunos de nosotros sonreíamos contemplando aquel espectáculo maravilloso mientras pensábamos que existen quienes se han permitido decir que el Movimiento Evita “se distingue por tener más músculo que cabeza”, adjudicándole un supuesto déficit de densidad a la hora del análisis político o de la elaboración de propuestas. Y comentábamos que, con absoluta certeza, no existe hoy otro espacio político en nuestro país capaz de producir un ejemplo de reflexión colectiva de tanta profundidad y riqueza como aquella que protagonizaron nuestros compañeros en el Congreso de La Plata.

Todas esas comisiones enriquecieron el texto base con sus comentarios y conclusiones. En consecuencia y por decisión del propio Congreso, se procedió, posteriormente, a la reelaboración de algunos puntos y a la introducción de otros. Luego se lo giró a las organizaciones provinciales y a los diversos frentes de trabajo para que también aportaran sus comentarios. Y ahora, con la seguridad de que nos expresa, lo publicamos. Hemos optado por no intentar actualizarlo. Muchas cosas pasaron desde que fue redactado. Se profundizó la confluencia de los movimientos sociales, se sancionó la Ley de Emergencia Social, se desencadenó el conflicto docente, se sucedieron movilizaciones de los gremios que los agrupan, de la CGT, del movimiento de mujeres, por el 24 de marzo, de ambas CTA, nuevamente de los movimientos sociales exigiendo que aquella ley se cumpla de una buena vez y, por último, el paro general de la CGT. Al mismo tiempo, el gobierno profundiza la aplicación de su programa neoliberal, las consecuencias sociales son cada vez más graves y evidentes y, quizá lo más preocupante de todo, la potencialidad represiva que el documento le atribuye ha empezado a manifestarse con creciente agresividad y violencia. Sin embargo, las tendencias son las mismas que surgen del análisis que se hizo entonces. Por eso también lo publicamos tal como quedó redactado en su momento.

Falta advertir que es, en cierta medida, como esas películas que concluyen con un final abierto. Señala, claro está, la necesidad de un modelo alternativo, indica con precisión los principios que deberán regirlo, las condiciones a satisfacer para poder implementarlo y enuncia algunas de las políticas públicas que formarían parte de su construcción. Pero reconoce que ese modelo es todavía un diseño inacabado. Que los trabajadores de todos los matices y las diversas fuerzas que integramos el campo nacional y popular tenemos por delante la obra máxima de definir con precisión sus características sustantivas. Asumiendo que el mundo ha cambiado y que existen nuevos problemas que reclaman nuevas respuestas. Esa labor es la que definirá el sentido estratégico profundo y definitivo de las luchas populares. Esa dirección clara que hoy está ausente en el mundo. Sin embargo, lo principal está resuelto: sabemos con absoluta certeza qué es lo que queremos, cuáles son los valores y los fines por los que luchamos y que dan sentido a los pasos sucesivos que se van dando, tanto en el campo estricto de la acción política como, por su parte, las organizaciones representativas de los trabajadores -tanto de los formalizados como de los informales- en su ámbito reivindicativo.

Definir el cómo y el cuándo es un objetivo fundamental al que estamos abocados, con la premisa de que queremos que sea en paz y en el marco de la democracia, porque cuando no es así los que más pierden siempre son los pueblos. Este documento apunta a todo eso. Creemos que se trata de una contribución que debemos hacer pública porque va más allá de nuestra Organización. Lo llamaron “Construyendo futuro” y no lo hemos modificado porque, precisamente, de eso se trata.

Buenos Aires, Abril de 2017

Mesa Ejecutiva Nacional del Movimiento Evita





CONSTRUYENDO FUTURO

Hace poco tiempo, el Movimiento Evita cumplió sus primeros diez años de vida como organización estrictamente política. Es verdad que en la crisis de principios de siglo había nacido el Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita, que luchó codo a codo con todas las organizaciones que integraron el movimiento piquetero contra la marginación, la miseria y el desamparo que padecieron gran parte de los trabajadores argentinos y los sectores más vulnerables de nuestro pueblo, como consecuencia de las políticas neoliberales que comenzaron a aplicarse durante la dictadura, se intensificaron bajo la administración de Menem y estallaron en la presidencia de De la Rúa, simbolizadas por la presencia continua y protagónica de Domingo Cavallo en todos esos gobiernos. Los que formaron el MTD Evita fueron los mismos que, una vez que Néstor Kirchner encauzó la dura marcha para salir del infierno, entendieron que comenzaba un nuevo momento histórico en el que la lucha debía continuar, esencialmente, bajo la forma de la acción política e impulsaron el salto cualitativo que implicó constituir lo que hoy es nuestra organización.

Ese antecedente no es banal. Significa, como mínimo, dos premisas fundamentales sin cuya adecuada comprensión es imposible entender lo que el Movimiento Evita significa. La primera es nuestro compromiso básico y sustancial con los más pobres, con los excluidos, con los nuevos proletarios expulsados de los mercados regulares de la producción y del consumo. Y la segunda, nuestro reconocimiento expreso de que nos inspiran las mejores tradiciones peronistas, las que conciben al peronismo como una herramienta forjada para la liberación social y para terminar la obra inconclusa de construir la nación, es decir, como una fuerza capaz de torcer la marcha de la historia para lograr la dignificación de cada mujer, de cada niño y de cada hombre del pueblo. Por eso, EVITA.

Después crecimos, en número, en despliegue territorial y en aptitud para abarcar una problemática mucho mayor en tanto incumbe a todos los sectores llamados a constituir el sujeto social capaz de impulsar ese cambio histórico. Nos fortalecimos

en variedad de miradas y capacidades mediante la incorporación de decenas de miles de jóvenes militantes, muchos de ellos estudiantes de clase media; intelectuales, profesionales, artistas; y también viejos militantes provenientes de otras experiencias políticas, así como luchadores de minorías discriminadas.

Crecimos enriqueciéndonos porque incorporamos matices y asumimos la defensa de intereses diversos pero afines y complementarios, pero nada desplazó de los cimientos que sostienen nuestra estructura a aquellas dos premisas fundantes. Es por eso también que nada ni nadie nos apartó -ni nos apartará jamás- de la lealtad a nuestros principios y a los intereses del pueblo. Tenemos absolutamente claro que preservar esa lealtad y obrar en función de ella es nuestro deber primero. Eso nos impone, también, la obligación de decir lo que pensamos, de ejercer el pensamiento crítico, de señalar los defectos y errores que creemos deben ser corregidos y de tomar las determinaciones que estimamos necesarias, en cada momento, para servir mejor a los fines que justifican nuestra existencia como organización política.

Hemos sido abnegados, leales y transparentes. Por eso nos respetan propios y extraños y por eso tenemos derecho a exigir respeto. Aceptamos todas las discrepancias, todos los puntos de vista y todos los distintos modos en que otros compañeros entienden el sentido de sus deberes políticos. Los aceptamos y los respetamos, al mismo tiempo que demandamos el respeto que merecen nuestra visión de la realidad y nuestras determinaciones.

Es partiendo de estas bases que el Congreso Nacional del MOVIMIENTO EVITA asumió el análisis de la situación que vive el país y fijó los lineamientos que se reflejan en el presente documento, que condensa sus puntos de vista, su compromiso y su convocatoria a todas las fuerzas y a todos los militantes del campo nacional y popular para que, unidos, seamos capaces de torcer otra vez el curso de la historia.



I - Reivindicación del kirchnerismo.-

Nos reconocemos impulsados -dijimos recién- por las mejores tradiciones peronistas. Pues bien, en ese mismo sentido es preciso reconocer que, en la última etapa, esas tradiciones se manifestaron bajo la forma que asumió el peronismo liderado por Néstor Kirchner y, luego, por Cristina Fernández de Kirchner. Fueron doce años de gobierno durante los cuales jamás estuvo en duda que los fines perseguidos fueron los correctos. El primero, por cierto, rescatar al país de la extraordinaria crisis a la que fue precipitado por la aplicación práctica, implacable y exacerbada de los postulados contenidos en el Consenso de Washington, por la destrucción de organizaciones y fuerzas populares y progresistas que perpetró la dictadura y por el divorcio entre el peronismo formal y los intereses de las mayorías populares provocado por el desviacionismo menemista. Eso se logró bajo la conducción férrea de Néstor y el país llegó a tiempo para participar de una etapa de avance en la integración latinoamericana y de rescate de los ideales de la liberación social, a contracorriente de lo que siguió aconteciendo en un mundo cada vez más controlado por los intereses de las minorías extremas que concentran el poder financiero dominante en esta nueva etapa de la evolución del capitalismo.

Fuimos partícipes activos, durante esos doce años, de un proceso de constante expansión de los derechos populares y una también definida labor de ampliación de derechos en beneficio de diversos sectores que eran víctimas de discriminación, represión y censura.

En ese sentido, se alcanzaron logros trascendentes, algunos de los cuales serán irreversibles. La política de defensa de los derechos humanos y de castigo a quienes los violaron hasta el genocidio mediante la entronización del terrorismo de Estado alcanzó una intensidad sin precedentes y produjo frutos ejemplificadores.

La clase trabajadora tradicional y el movimiento sindical que la representa recuperaron sus derechos y los ejercieron en plenitud, a través de una etapa de fortalecimiento sindical, libre y pleno ejercicio de la negociación colectiva y crecimiento constante de la participación de los trabajadores en la distribución del ingreso merced a la recomposición ascendente de las tablas salariales. La libertad sindical tuvo una vigencia efectiva quizá nunca antes alcanzada en nuestro país.

El Estado recuperó un alto grado de intervención en la orientación de la economía, en la asignación de los recursos y en las relaciones sociales resguardando los derechos de los más débiles y rectificando los desequilibrios inherentes al conflicto entre sectores con poderes desiguales. Y en función de ello, recobró instrumentos indispensables como ANSeS, YPF, AA, AySA y un Banco Central con funciones redefinidas. Ello le permitió impulsar políticas de promoción de la producción sectorial y regional procurando llevar a la práctica un modelo de desarrollo productivo con matriz diversificada e inclusión social.

Los trabajadores en relación de dependencia pero en condiciones contractuales irregulares, los excluidos del sistema de producción asalariada, los que integran diversas expresiones de una economía de subsistencia mediante trabajos

autogestados, los de la agricultura familiar, los que practican formas de producción comunitaria por lo general referidas a sectores de los pueblos originarios, y los subocupados y desocupados mejoraron su poder adquisitivo mediante políticas asistenciales y algunos nuevos institutos de la seguridad social, como la Asignación Universal por Hijo. En el mismo sentido, la flexibilización de los requisitos para acceder al beneficio jubilatorio fue otro factor sustancial de auxilio a una franja importantísima de trabajadores que fueron desplazados de su condición laboral y prácticamente privados de posibilidades de reinserción. Esas políticas se convirtieron, en definitiva, en el principal instrumento redistributivo, a tal punto que ahora -en 2016- la mitad de la población, es decir, más de veinte millones de personas, recibe a fin de mes alguna transferencia dineraria del Estado.

El presupuesto educacional se incrementó significativamente.

Y la política exterior tradujo con suma firmeza la vocación integracionista y la voluntad de poner freno a los designios neoimperialistas, tal como se manifestó con notable claridad en el rechazo a la implementación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), impulsada por EE.UU. y desestimada en la Cuarta Cumbre Interamericana (Mar del Plata, noviembre de 2005), en presencia del propio presidente Bush. La derrota fue tan terminante que tardaron diez años los “libremercaderistas” en recuperar la iniciativa regional mediante el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP según sus siglas en inglés).



Las posiciones y políticas mencionadas son sólo parte de un proceso rico en iniciativas ajustadas a lo que demandaban las aspiraciones populares y los intereses nacionales. Es incuestionable que los argentinos vivimos en ese lapso una de nuestras mejores etapas y que se crearon condiciones que hubieran permitido consolidar la fuerza que lo hizo posible y la dirección que se le imprimió al proceso histórico. Hemos reconocido la gran importancia que tuvo para la etapa el liderazgo de Néstor Kirchner, luego asumido por la compañera Cristina. Lo hemos reconocido mediante nuestra lealtad y nuestra presencia constante en la primera línea de fuego en todos los combates. Pero nunca resignamos el derecho a ejercer nuestra libertad y cumplir con nuestro deber, como militantes conscientes, de debatir todo cuanto debiera debatirse.



Aquel proceso fue interrumpido porque perdimos el gobierno en elecciones libres. Fue una derrota del campo popular cuyas consecuencias quizá todavía no se valoren en su justa dimensión. Si en este momento no analizáramos lo que pasó procurando establecer con claridad las causas de esa derrota y extraer de ella las enseñanzas que ayuden a nuestro pueblo a reencauzar su lucha y retomar un camino ascendente, entonces sí estaríamos siendo desleales, con el pueblo, con nuestros compañeros y con nosotros mismos. Esos no seríamos nosotros. Ese no sería el Movimiento Evita.

II - Las causas de la derrota.-

La nación y el pueblo afrontan una etapa extraordinariamente difícil. Un régimen de derecha, representativo del modelo neoliberal que impera en gran parte del mundo, identificado con los intereses de los círculos más encumbrados del poder económico financiero nacional e internacional y, sobre todo, con su visión de la realidad y su filosofía, se ha adueñado del gobierno por voluntad de una ajustada mayoría del electorado en el marco de las instituciones democráticas. Por primera vez en la historia de nuestro país, un gobierno que expresa a las minorías dominantes y privilegiadas se ha establecido por decisión popular. Las causas determinantes de su advenimiento son múltiples y diversas y requieren ser analizadas como introducción al debate sobre los caminos a transitar a partir de ahora.

a) El poder de los intereses dominantes y la manipulación mediática. Sería ingenuo no encabezar este análisis recordando que los sectores económico-financieros que invisten la condición dominante reúnen un extraordinario poder y no tienen otra misión que preservarlo, impidiendo el acceso de las mayorías populares al control del Estado. Varían sus métodos pero no sus fines. En un tiempo fue la instrumentación de las fuerzas armadas de cada país en contra de sus propios intereses nacionales y su conversión en dictaduras genocidas. Y luego, restablecida y afianzada la formalidad democrática, persisten -aunque bajo otras formas- la misma voluntad y el mismo accionar sistemático, porque les va la vida en frenar el proceso de avance popular e integración regional que caracterizó la etapa más reciente de las

luchas sociales y políticas en América Latina. Todos sus infinitos poderes se coaligaron para provocar el debilitamiento primero, la derrota después y, por último, el desprestigio de las personas y fuerzas que condujeron esa etapa reciente en la Argentina y en otros países de nuestra porción continental.

Los propósitos de los círculos más concentrados del poder económico encontraron un aliado formidable en el oligopolio mediático, que forma parte de esos círculos y ha alcanzado en la sociedad posindustrial -(y la nuestra lo es, sin duda, por lo menos desde el punto de vista de su reconfiguración cultural)- una gran capacidad para incidir sobre la opinión pública, moldeándola.

El aumento incesante de la población y, especialmente, de los grandes conglomerados urbanos; el debilitamiento de la relación cara a cara entre los líderes políticos y las masas populares que hace que el discurso no llegue directamente a la ciudadanía; la disminución constante, en términos proporcionales, de lectores de diarios que vayan más allá de los grandes titulares y, mucho más acentuadamente, de lectores de libros; la progresiva desaparición de las grandes concentraciones de trabajadores en un mismo establecimiento y la pérdida de influencia política de las organizaciones sindicales sobre sus representados; la creciente heterogeneidad de las clases sociales; el rol de las redes sociales y de las nuevas tecnologías de la comunicación; la absorción total del tiempo de cada individuo por su actividad laboral, los largos traslados, la vida familiar y los entretenimientos electrónicos que no ha dejado casi espacio para el intercambio de ideas, la discusión política o la transmisión -de unos a otros- de lo que dijo tal o cual dirigente; el individualismo, el consumismo patológico y la desesperación de cada cual por sobrevivir o por progresar y aún triunfar, desvinculada de todo esfuerzo colectivo; todo eso y otras tantas razones de parecida significación han terminado por hacer posible que la gente confunda la verdad y acepte como cierto lo que dijo "la tele", la radio y los grandes titulares de los diarios. Se entiende: aquella televisión, aquella radio y aquellos diarios que son habitualmente consumidos por la inmensa mayoría de la población. **Ese ha sido, en nuestro caso como en el de Brasil y muchos otros, un factor decisivo a la hora de "crear climas" determinados e inocular a grandes masas "visiones" de la realidad funcionales a los intereses de las minorías dominantes, en un formidable ejercicio de construcción hegemónica.** Así fue que llegamos al imperio de



eso que se ha dado en llamar, con algo de descarada confesión, la “posverdad”.

Pero, claro está, todo esto había que descontarlo. Lo mencionado en los párrafos precedentes era previsible y debió ser neutralizado mediante una conducción político-electoral eficiente. Va de suyo que las minorías iban a luchar por sus propios objetivos y a utilizar todos los medios a su alcance para detener el proceso que la mayor parte de Sudamérica había empezado a protagonizar. No podemos culparlos por hacer lo que está en su naturaleza, ni por hacerlo con tal eficacia que les haya permitido alcanzar el gobierno por voluntad mayoritaria de la ciudadanía.

Lo grave es que, aún así, no hubieran podido lograrlo sin nuestros propios errores.

b) La conducción de la campaña electoral. Culpas propias hubo muchas y de distinto tipo, sustantivas y ocasionales, por acción y por omisión, por error de diagnóstico, por falencias en la gestión y por inexistencia de conducción política. Pero aquí, en este apartado, sólo señalaremos los errores cometidos en la conducción de la campaña electoral, sin necesidad de extendernos demasiado ni caer en puntualizaciones personales innecesarias porque todos sabrán de qué hablamos. Nos referimos a aquellas decisiones u omisiones que hicieron posible que desde las propias filas se afectara la imagen de nuestro candidato presidencial; que se promoviera a otros compañeros como candidatos a cargos fundamentales sin reparar en el riesgo que implicaban sus imágenes negativas; que se tratara descomedidamente a dirigentes importantes privándonos de su nombre para candidaturas decisivas; y que se acumularan con desmesura candidaturas y poder en un mismo grupo caracterizado por su obediencia acrítica en desmedro de otros sectores y organizaciones de la militancia y del movimiento, y sin atender a las apreciaciones de caracterizados dirigentes titulares de un derecho incuestionable a emitir opinión sobre el particular. Esos errores -diríamos de conducción meramente electoral- bastaron para hacernos perder la elección porque determinaron que una capa de votantes indecisa, volátil y mutante se volcara a último momento en favor de nuestros adversarios y determinara la derrota.

Sin embargo mediaron también errores mucho más graves. Porque los meramente electorales pudieron llevarnos a la derrota porque habíamos llegado al comicio en una situación de paridad relativa, que nos exponía a ese riesgo. Pero los otros, los errores de diagnóstico, de gestión y de conducción política, fueron los determinantes de que no fidelizáramos suficientemente el apoyo de nuestros votantes naturales -los trabajadores urbanos formales e informales, los campesinos pobres y una muy alta proporción de la clase media- y de que por eso no sólo perdiéramos la elección presidencial, sino los cinco distritos electorales más importantes del país (comenzando por la Provincia de Buenos Aires y casi la mitad de sus intendencias) y la inmensa mayoría de las grandes ciudades.

Es imprescindible el señalamiento claro de esos errores para

poder trazar el rumbo que nos devolverá la posibilidad de recuperar el poder al servicio del pueblo. Barrerlos bajo la alfombra, ocultarlos o disimularlos implicaría una deslealtad para con nuestras responsabilidades políticas. Esta es una obligación de todos y se agiganta en la misma medida en que se ejerció una cuota mayor de poder. Lo nuestro es, en consecuencia, una modesta contribución al ejercicio autocrítico que todos tenemos el deber de efectuar.

Cuando aún bajo el impacto inmediato de la derrota proclamamos la necesidad de la autocrítica no lo hicimos por masoquismo ni por resentimiento, sino porque tenemos la certidumbre de que sólo así habrá futuro. Lo único bueno que puede extraerse de una derrota es la experiencia que nos asegure no volver a tropezar en el futuro con la misma piedra. Pero para que eso sea factible es preciso identificar la piedra con la que se tropezó.

c) Ineficiencia en la gestión. No pretendemos, por cierto, agotar el señalamiento de los aspectos en que la gestión fue deficiente, insuficiente o inexistente. Sólo señalar algunos que, por su relevancia, no deben omitirse y bastan, además, para dimensionar la magnitud de los problemas que no llegaron a resolverse adecuadamente. Con ese fin sólo nos detendremos en algunos aspectos de la implementación de políticas económicas y sociales, dejando de lado -para no extendernos demasiado- otras áreas de alta sensibilidad que también ameritarían consideraciones parecidas como, por ejemplo, educación y salud.

En materia económica. Es indiscutible que, de resultados de las políticas neoliberales, de la desprotección provocada por una apertura irrestricta e indiscriminada, de la desvalorización de nuestras empresas, del achicamiento del mercado interno y de otros factores coadyuvantes, padecíamos los efectos del avance constante de tres tendencias claramente negativas: primarización, extranjerización y concentración. **Pues bien, ninguna de esas tendencias pudo ser revertida durante los doce años de gobierno popular.**

El punto de partida de lo ocurrido en los últimos doce años fue propicio desde lo económico pero implicó un costo social inaceptable. Luego del caos que puso fin a la convertibilidad y al gobierno de De la Rúa, la sucesión de presidentes fugaces y el advenimiento de Duhalde, se produjo la devaluación del 248% (con picos de 400%) y la pesificación asimétrica (año 2002) que, sumadas al descalabro precedente, implicaron que el 54% de la población cayera en situación de pobreza, que el conflicto social rompiera todos los cauces y que persistieran políticas represivas. El gobierno interino intentó promover el diálogo social y creó el programa “Jefas y Jefes de Hogar” que alcanzó a más de un millón de beneficiarios. No obstante, el asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, durante la movilización del 26 de junio de ese mismo año, precipitó el curso de los acontecimientos hasta culminar en la elección de Kirchner.

Ahora bien, es preciso admitir que, desde lo estrictamente económico, por primera vez en cuarenta años, se había logrado:

1. Pasar a pesos la mayoría de las transacciones de la economía.
2. Aumentar la competitividad en virtud de la devaluación,



manteniendo un tipo de cambio cercano a tres pesos por dólar y un descenso de la inflación del 41% al 3,7% registrado en 2003. 3. Persistir en el no pago de la deuda -ni capital ni intereses-, manteniendo la situación de default.

Los tres factores enunciados configuraron el contexto macroeconómico de “dólar alto”, economía orientada a la exportación y amplia disponibilidad de divisas. Fue en ese marco que se crearon miles de PyMES regionales con sesgo exportador y se recuperaron muchas otras inclinadas a la venta en el mercado doméstico, porque justamente el “dólar alto” sirvió como una protección natural a la industria. Como esa configuración implica que los salarios, medidos en dólares, resulten muy bajos, favoreció la pronta recuperación de empleos y explica la mayor parte de los creados entre 2003 y 2008. Pero además, contrariando aquella tendencia natural a la baja del valor salario y como consecuencia de una firme voluntad política, las remuneraciones subieron rápidamente, mediante el impulso a la negociación colectiva y la vara alta representada por el aumento del salario vital mínimo. En definitiva, se crearon casi ciento cincuenta mil empresas, cinco millones de puestos de trabajo y la participación del sector asalariado en la distribución de la renta llegó a ser de alrededor del cuarenta y cinco por ciento, ganándole a la inflación y a la devaluación.

Así se salió del infierno, pero no fue posible modificar las tendencias a la extranjerización ni a la concentración y apenas se atenuó, transitoriamente, la primarización de las exportaciones. Por cierto, tampoco se rompió la dependencia de la importación de bienes de capital, de bienes intermedios y de la matriz de combustibles, lo que se sintió principalmente a partir de 2006.

La renovación gubernamental del 2007 se ganó con comodidad, pero las limitaciones del proceso de crecimiento ya comenzaban a manifestarse. En 2008, la crisis financiera de EE.UU. golpeó a la región y al mundo, modificando el perfil de crecimiento y consumo en escala global. Brasil fue una de sus víctimas predilectas y el debilitamiento de su economía repercutió duramente sobre la nuestra, ya que el 47% de las exportaciones industriales (y el 26% de las totales) iban al país vecino.

La crisis también provocó que los capitales internacionales buscaran protección comprando futuros de bienes primarios y metales, soja y oro principalmente. Esto derivó en el aumento exponencial del precio de la soja y determinó que se dictara la “resolución 125”, pretendiendo impedir que ese cultivo desplazara por completo al resto de la producción agropecuaria y produjera la inflación doméstica de los precios de los alimentos. Justificada en su esencia, fue un claro ejemplo de improvisación e impericia en tanto procedimos sin reparar en los cambios experimentados por la estructura social rural, sin atender a los matices y sin focalizar sus efectos en los grupos concentrados ligados a la provisión de insumos, al acopio y a la exportación. El hecho es que desató una crisis política que debilitó al gobierno. Y otros factores convergieron. Por ejemplo, ante un proceso inflacionario creciente (23,4% en 2008) se optó por modificar la metodología de medición del INDEC, privándola de sustento académico y alejándola de la percepción que la gente tenía de la

realidad cada vez que iba de compras.

Luego de la derrota electoral de 2009, se crearon la AUH y el programa Argentina Trabaja, produciendo un fuerte impacto socio-económico. Es decir, hubo capacidad de reacción política, pero las medidas adoptadas también implicaron un sinceramiento de la agenda pendiente respecto de los sectores populares y de los efectos de la inflación.

En un mundo con menor crecimiento, menor consumo y sobreproducción, se nos acabaron las alternativas de protección industrial. Intentamos e inventamos infinidad de medidas tutelares, directas e indirectas, pero ninguna fue sostenible en el tiempo y todas resultaron poco exitosas. En suma, una sucesión de parches poco coordinados entre sí y entre las diversas áreas del gobierno que los aplicaba.

Por otro lado, habiendo reestructurado el 93% de la deuda financiera entre 2005 y 2010, pero subsistiendo la cuestión de los “fondos buitres”, quedamos atrapados en un pésimo lugar: obligados a pagar la deuda renegociada y sin posibilidad de obtener financiamiento debido al conflicto no saldado. Si a eso le sumamos la caída de las exportaciones y el aumento de las importaciones, porque entre 2010 y 2012 continuamos creciendo y produciendo, se explica que comenzaran a faltar dólares.

Todo ello motivó que emergiera “la épica del mercado doméstico” que, en definitiva, expresa un cambio en la dinámica de crecimiento prevaleciente entre 2003 y 2008. Ese cambio incluyó un dólar atrasado que, a su vez, indujo al mercado a dolarizar las tasas de rentabilidad. Las restricciones a la compra de dólares en 2012, la devaluación del 2014 y la dependencia creciente de la energía importada son reflejo de lo mismo: un cambio de esquema económico, tal vez no buscado, y piloteado como se pudo.

No tuvimos una estrategia de “desarrollo de largo plazo”, sino un manejo más o menos habilidoso de cada coyuntura económica con miras a garantizar la protección del mercado doméstico ante un escenario internacional poco favorable luego de la crisis todavía inconclusa. Los índices de productividad siguieron siendo insuficientes, los costos muy altos y no se procedió -por lo menos con la sistematicidad y el rigor imprescindibles- a examinar las cadenas de valor para deshacer sus nudos, subsanar deficiencias y establecer prioridades.

Otro aspecto insoslayable tiene que ver con la carencia de avance suficiente en relación a la infraestructura, cuyo acompañamiento es condición indispensable de todo proceso de crecimiento sostenido. En materia de caminos, transporte y puertos muy poco fue lo que se hizo. Si fuera preciso citar un caso emblemático habría que referirse a la política ferroviaria, inexistente durante una década y sólo impulsada en los últimos tiempos, con un perfil más frenético que programado.

Las tasas de inversión y de innovación tecnológica fueron insuficientes para posibilitar un salto importante, tanto en materia de productividad como de competitividad real, y toda la etapa estuvo signada por una manifiesta ausencia de criterios de planificación.



Tampoco se avanzó en aspectos sustanciales del marco regulatorio. Por ejemplo, no se sancionó la ley de servicios financieros que debió sustituir a la de bancos, ni tampoco se implementó un régimen impositivo que reposara en el principio de progresividad. La ausencia de esas normas privó de herramientas importantes para inducir a nuestro remiso empresariado a invertir más y asumir mayores riesgos.

Actualmente, el desarrollo no es condición suficiente para la existencia de una sociedad equitativa, organizada bajo el imperio de los valores de la justicia social y la solidaridad. Pero es sí una condición absolutamente necesaria que dista mucho de haberse cumplido en medida suficiente bajo nuestras administraciones.

En materia de política social. Es indudable que lo concerniente a la política social constituyó una preocupación central de las administraciones kirchneristas y que esa valoración se tradujo en asignaciones presupuestarias relevantes. Sin embargo, no se logró romper la relación de subordinación habitualmente existente entre situación social y situación económica, de modo tal que los vaivenes de ésta influyeron sobre aquella hasta el punto de constituirse, en última instancia, en el factor que más influyó para determinarla, aun por encima de la voluntad política. En consecuencia, en la primera etapa, caracterizada por la necesidad casi excluyente de poner en pie el aparato productivo y restablecer cierto grado de normalidad en la actividad económica, el uso progresivo de la capacidad ociosa y la rápida recuperación posibilitaron un proceso intenso de creación de empleo que provocó la disminución vertical de la desocupación masiva que había sido consecuencia de las políticas de los '90 y que se había agravado dramáticamente durante la crisis de comienzos de siglo. **Naturalmente, ese encadenamiento virtuoso de factores produjo una pronta disminución de la pobreza, el fortalecimiento de la capacidad de presión sindical, la mejora paulatina de los salarios y, en definitiva, una etapa de mayor bienestar general.**

No obstante, subsistió un núcleo duro de compatriotas excluidos, en situación de pobreza y aún de indigencia, desocupados, subocupados o dedicados a tareas de mera subsistencia. Ese núcleo nunca dejó de ser numéricamente considerable.

Cabe reconocer, sin embargo, que aun esa franja mejoró

su poder adquisitivo, porque se multiplicaron los planes sociales y se instituyó la asignación universal por hijo. Pudieron vivir mejor, pero no se alteraron las condiciones de su hábitat, ni sustancialmente la calidad de los servicios de los que eran usuarios, ni su carácter de marginados de la producción y del consumo regulares.

Luego, aquel proceso de incremento del empleo se detuvo. Primero, porque colmadas las necesidades emergentes de la existencia de un aparato productivo ocioso, la relación entre crecimiento del producto y crecimiento del empleo cambió drásticamente. Y luego, porque el amesetamiento de la economía y la significativa reversión de los términos del intercambio en virtud de la caída del precio de los commodities, determinó que la curva que mide la pobreza comenzara, suavemente, un curso otra vez ascendente. Ya mencionamos las dificultades estadísticas que el país, infortunadamente, ha experimentado. Pero parece incuestionable que esto ocurrió, del mismo modo que ese proceso se ha agravado sensiblemente en el corto lapso que lleva gobernando la derecha.

No obstante, tenemos la certeza de que, además de esos errores de implementación de las políticas públicas aplicadas, fundamentalmente medió un error de diagnóstico. No se advirtió con suficiente claridad la naturaleza de la problemática social que se enfrentaba ni el cambio que registra la estructura social en nuestro país y en escala global. Esa fue quizá la causa principal de que los esfuerzos realizados en orden a la política social no rindieran los frutos esperados. Pero ese es un tema capital, una cuestión clave, cuyo examen abordaremos de inmediato. Y al respecto es justo reconocer que, en este caso particular, la autocrítica -si bien involucra al conjunto del gobierno del Frente para la Victoria- debe dirigirse más intensa y específicamente a nosotros mismos, al Movimiento Evita, porque tratándose de la índole de los problemas que afectan al sector más ligado a nuestra Organización, debimos haber sido capaces de plantearlo al interior de nuestro propio gobierno con mayor claridad y más fuerza hasta imponer el reemplazo de aquella políticas que no daban cuenta de esa singularidad. Sí lo hicimos intensamente en la campaña electoral, mediante la iniciativa de creación del Ministerio de la Economía Popular, pero ya era demasiado tarde.



Ya dijimos que el señalamiento de los temas en los que nos quedamos a mitad de camino, erramos la elección de los cursos de acción a implementar o lisa y llanamente no hicimos nada, podría ser más amplia. Nos hemos detenido brevemente en dos de ellos -economía y política social- porque su importancia los hace insoslayables y porque indican el tipo de errores de diagnóstico y de gestión que, a nuestro juicio, impidieron producir un cambio real y profundo en las condiciones de vida del pueblo, apto para ganar y fidelizar su apoyo con la firmeza suficiente como para aventar todo tipo de riesgo electoral. Es imprescindible que el movimiento nacional y popular analice estas experiencias y extraiga de ellas las enseñanzas pertinentes con miras al futuro. Que no haya signos de que esto se entiende y se comparte nos impone el deber de plantearlo claramente, con fraternal sinceridad. Ese es el tipo de responsabilidades que no estamos dispuestos a declinar.

III - La corrupción.-

Apoco de asumir el gobierno de Macri se desató una feroz campaña de denuncias de actos de corrupción que, supuestamente, se habrían producido durante las administraciones anteriores. Es obvio que mediante esa campaña se persiguen objetivos políticos que consisten, por una parte, en montar un plan persecutorio que apunta al desprestigio de figuras relevantes del kirchnerismo y, por otra, a ejecutar una operación distractiva orientada a sacar del foco de la atención ciudadana la política de hambre y entrega puesta en marcha por el nuevo gobierno; y un tercero, usar los actos de corrupción denunciados para restar los méritos que corresponde reconocer a la acción desarrollada durante esos doce años. En cualquier caso se trata de un modo de hacer política incompatible con la institucionalidad republicana que tanto se pregona. **Ello no obstante, es indudable que existieron actos de corrupción a lo largo de estos años y que también integra nuestras obligaciones políticas condenarlos sin atenuantes y sostener esa condena en todos los casos en que desviaciones semejantes se comprueben concluyentemente en el marco del debido proceso legal y habiendo mediado un respeto estricto al derecho de defensa.**

Pero creemos que nuestra responsabilidad política no se agota en la condena ulterior y reclama una reflexión más profunda. La corrupción estatal es un fenómeno mundial extremadamente grave. Cabe, sin embargo, distinguir entre una suerte de corrupción estructural y otra que podríamos llamar ocasional. Hace pocos días, el vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, se refirió al tema con

conceptos que compartimos: “El Estado siempre funciona como patrimonio de las clases dominantes. Como una prolongación de la familia. Lo consideran como parte normal de la meritocracia” (...) “Y el neoliberalismo es el paradigma de la patrimonialización del Estado, porque es agarrar lo que es de todos y utilizarlo para tus amigotes...”. El gobierno de Macri es un ejemplo notable de ese tipo de corrupción, ya sea mediante una política económica que transfiere constantemente más riqueza a los ricos como a través de maniobras de gestión que benefician a parientes y amigos con total impudicia, convirtiendo a los conflictos de intereses en una abstracción irrelevante.

Cuando llegan al gobierno quienes representan intereses populares y no pertenecen a los círculos dominantes, los problemas son otros. La conversión de luchadores populares en funcionarios públicos a veces presenta tentaciones, genera posibilidades, brinda ocasión de obtener beneficios y la posibilidad de sucumbir ante esas tentaciones integra la naturaleza humana. Otras veces no se trata de luchadores populares sino de pillos infiltrados en nuestras propias filas. Pero, en definitiva, aunque algunos deslices humanos puedan comprenderse emocional y psicológicamente, el deber político es el mismo: tenemos la obligación de ser implacables, porque la consecuencia de no serlo es la pérdida de autoridad moral para seguir adelante con la transformación que equivale a defecionar en beneficio de los enemigos de los intereses del pueblo. Concluye García Linera: “El aprendizaje es que, por muy doloroso que sea, debes tener la valentía y la fuerza de poder cortarte tú el dedo infectado... Si otros te lo cortan, te van a meter el cuchillo en el corazón y de eso no te vas a poder reponer ni en una generación.”

Esa es nuestra responsabilidad política incumplida. No haber detectado a tiempo la infección, no haberla descubierto o denunciado, no haberla castigado, no haber cortado el dedo enfermo con nuestras propias manos. En algunos casos no haberlo hecho puede conllevar también responsabilidades penales, pero siempre hay una responsabilidad política. Porque esa insensibilidad para percibir y eliminar lo que está mal acaba debilitando la lucha del pueblo.



IV - La nueva “cuestión social”.-

En este orden de cosas, dijimos antes, el error de diagnóstico fue la causa principal de los resultados insuficientes de las políticas implementadas. No advertimos, con la claridad y rapidez necesarias, que el capitalismo había dado fin a una de sus muchas etapas -la que se conoció como “la sociedad industrial”- e iniciado otra caracterizada como de economía global financiarizada. Esto implica cambios diversos y sustantivos, aunque producidos siempre dentro de los márgenes del sistema capitalista. Pero el hecho es que la burguesía industrial ha sido desplazada del mando por la burguesía financiera, los activos financieros se multiplican con exuberancia y con prescindencia de las necesidades del proceso productivo, la producción masiva de series largas de productos de costo unitario decreciente es sustituida -en buena medida- por la de series cortas de productos de alto valor unitario y los mercados estables y masivos en constante proceso de ampliación son reemplazados por mercados acotados, segmentados, fluidos, flexibles, mutantes y volátiles. En fin, una economía centrada en la producción va siendo desplazada por otra de sesgo especulativo. La crisis del 2008, la de las hipotecas subprime -que no ha concluido-, simboliza este nuevo perfil capitalista.

Los cambios se producen en el marco de un formidable proceso de innovación tecnológica que ha transformado por completo el modo de producir, que posibilita millones de millones de transacciones diarias efectuadas de manera subitánea, en tiempo real, on line, y que suprime aceleradamente puestos de trabajo. Suele objetarse ante esta última afirmación que los otros grandes procesos anteriores de innovación tecnológica también impactaron sobre el empleo hasta que después se encontró un nuevo punto de equilibrio. No obstante, aquellos procesos -la primera y la segunda “revolución industrial”- formaron parte del avance de un capitalismo cuya meta era producir cada vez más y vender cada vez más, en marcha hacia la consolidación de la sociedad industrial. No es el caso del capitalismo financiarizado que, si bien multiplica y concentra constante y crecientemente la ganancia, no lo hace con la mira puesta en una sociedad de masas destinataria de la producción que genera esa ganancia. Esa condición acotada y fluctuante, unida al cambio tecnológico, demanda e impone una nueva organización del trabajo. Mientras las anteriores “revoluciones industriales” ajustaron mediante la jornada (que bajó de 16 a 12 horas con la primera y de 12 a 8 con la segunda) y expandieron la producción masivamente creando nuevos empleos que superaron largamente a los extinguidos por el avance tecnológico, este proceso ajusta por el empleo y los nuevos puestos de trabajo que crea son muchos menos que los que suprime. Los socialistas franceses, a fines del siglo pasado, impulsaron la reducción del tiempo de trabajo sin mengua del salario, mediante la sanción de una ley que consagraba la semana de 35 horas. Fue una ley polémica, resistida por la patronal y también desde la ultrazquierda, pero era un intento de salir de la crisis social provocada por la nueva organización del trabajo ajustando la jornada. Pues ahora, casi veinte años después, los mismos socialistas, encabezados por Monsieur Francois Hollande comenzaron a demolerla. En cambio, la más

dura crisis agobia a las dos terceras partes de la población europea, el promedio de desocupación en la Unión Europea se mantiene siempre por encima del diez por ciento y en algunos países -España, Grecia, Portugal- perdura por encima del veinte por ciento. EE.UU. logró bajar un poco su tasa de desocupación -en el orden del 6%, es decir, nada extraordinario y muy lejos del pleno empleo- pero a cambio de crear puestos de trabajo de pésima calidad, a los que la OIT no llamaría “trabajo decente”.

La nueva organización del trabajo consiste, en definitiva,



en reducir los planteles estables a su mínima expresión. Conservar dotaciones permanentes reducidas -eso sí, con contratos regulares, protegidos por la ley y bien pagos- y precarizar todo lo demás. Abaratar al máximo la mano de obra complementaria, la que se toma cuando hace falta y de la que se prescinde luego. Externalizar, tercerizar y convivir con una masa de desocupados, subocupados y trabajadores excluidos del mercado, marginados, que sobreviven mediante actividades autogestadas y de mera subsistencia (cartoneros, cuidacoches, manteros, vendedores de la vía pública, artesanos que venden su propia producción, cuentapropistas que hacen changas, productores de la agricultura familiar y comunitaria, trabajadores de empresas recuperadas). En la Argentina hay un tercio de asalariados que se desempeñan en la informalidad, sin protección legal alguna, y otra cantidad, no menor, de informales sin patrón que hacen lo que pueden y viven como pueden.

La tendencia incluye la progresiva conversión de la empresa, desde la gran organización piramidal y jerárquica, con tendencia a la integración vertical, en la cada vez más inasible “fábrica difusa”, unida en red a otras tan difusas como ella, que rápidamente puede deslocalizarse y mudar su actividad a cualquier parte, pues los procesos productivos se articulan en cadenas globales y las empresas cada vez adquieren mayor autonomía respecto del interés nacional del país en el que se originaron.

Una de las consecuencias de estos cambios es la fractura del sujeto social capaz de impulsar una transformación estructural favorable a los intereses de los pueblos. Las clases sociales se han tornado extraordinariamente heterogéneas y el



individualismo imperante contribuye a dinamitar el sentido de lo colectivo y los proyectos solidarios. Una fisura profunda separa a los trabajadores formales -que, por sus niveles de ingreso y pautas de consumo son ya una capa de las clases medias- de los informales visualizados con la desconfianza que suele suscitar la marginalidad. Las clases medias procuran diferenciarse de unos y de otros, víctimas predilectas de la acción hegemónica de las elites que logran seducirlas y confundirlas hasta el extremo de perder de vista sus verdaderos intereses y no percibir que esos intereses coinciden con los de los trabajadores formales e informales y con los de aquellos productores que todavía asocian su propio éxito empresarial al progreso de la nación y a la prosperidad del pueblo.

Esta nueva “cuestión social”, a la que alguna vez Cristina se acercó -cuando dijo que ahora el problema ya no consistía en la explotación sino en la exclusión- requería un tipo de política social que nosotros no implementamos. Como se dijo más arriba, procuramos preservar e incrementar el poder adquisitivo de los más pobres, especialmente a través de la Asignación Universal por Hijo y la flexibilización de los requisitos jubilatorios, pero seguimos girando en torno de planes asistenciales, como si se tratara de problemas transitorios y con la ilusión de que el desarrollo económico -algún día- generará trabajo y asegurará prosperidad. La ilusión desarrollista, que tenía asidero a mediados del siglo pasado, continúa empañando la óptica con que se mira la problemática social, impidiéndonos advertir que el crecimiento de la producción y de la riqueza es una condición necesaria para sustentar una sociedad equitativa, pero dista de ser una solución suficiente. En verdad, hoy existen en el mundo los conocimientos, las técnicas y la riqueza como para producir todo lo necesario y liberar a la humanidad de la mayoría de los problemas que la agobian. Y sin embargo, mientras una inmensa riqueza es atesorada por el uno por ciento de las personas y sólo una pequeña parte está realmente a salvo, la inmensa mayoría ha quedado excluida o recibe una porción insuficiente o está en riesgo de verse arrastrada a alguna de esas situaciones. La desigualdad se ha profundizado hasta extremos insondables y el desamparo y la desesperanza abruma a los más.

Hay que convertir las políticas asistenciales en políticas de promoción de empleo, hay que ayudar a los trabajadores sin patrón a calificar sus actividades mediante apoyo financiero y técnico e inclusive con reservas de mercado, hay que entender que el futuro depende de la creación de trabajo de interés social aunque, a veces, carezca de relevancia productiva, hay que restituir la dignidad del trabajo para dignificar a quienes lo ejecutan, hay que adaptar el Estado a estas nuevas demandas y dotarlo de recursos y eficiencia para satisfacerlas. Y hay que dotar al hábitat de los sectores más vulnerables de las condiciones que son propias de un ámbito propicio para el desarrollo personal con calidad de vida. Mientras no comencemos a cerrar esa brecha nada suficientemente útil habremos hecho.

Y no lo hicimos, no llegamos a comprenderlo con la debida amplitud y, por eso también, las víctimas de la nueva “cuestión social” no nos vieron definitivamente como a quienes expresábamos sus intereses y sus derechos y luchábamos por ellos. La inadvertencia de estos cambios estructurales se registra en una escala muy amplia, pero es verdad que nosotros, que los percibimos antes y los vivimos a diario, debimos plantear la existencia de una nueva “cuestión social” con mucha mayor intensidad y exigir la adopción de políticas ajustadas a su naturaleza hasta lograr que se implementaran. Asumimos nuestra cuota de responsabilidad con la misma honrada amplitud con que esperamos que todos asuman la propia, como punto de partida del esfuerzo para retomar la marcha.

Es verdad que no estamos solos en el error. Porque en todo el mundo se han evaporado las alternativas progresistas y mandan las minorías que concentran riqueza y poder de modo tal que, pese al fracaso reiterado y brutal de sus recetas, continúan imponiéndolas sin contradictores ideológicos ni oponentes políticos. Por lo menos, así ocurre o tiende a ocurrir en la parte que integra la elite del capitalismo avanzado y en la que habita la subzona de los emergentes, donde está la Argentina junto a muchos otros. Mientras tanto el resto del mundo sucumbe bajo la expoliación más impiadosa y se desangra en guerras disparatadas producidas por el fanatismo, la ignorancia, la codicia, el atraso y, sin duda, las maniobras urdidas por los servicios de inteligencia de las grandes potencias.

No estamos solos en el error, pero tenemos la obligación inexcusable de admitirlo, corregirlo y asumir como propias las propuestas capaces de dar respuesta al clamor multitudinario de las víctimas. Es por eso que el Movimiento Evita, desde hace ya mucho tiempo (Congreso de Santiago del Estero), resolvió acompañar prioritariamente la lucha del nuevo proletariado, solidarizarse con sus demandas y, especialmente, sumarse a su reclamo de reconocimiento institucional. Fruto de esa lucha fue la creación de la CTEP (Confederación de Trabajadores de la Economía Popular), convertida hoy en uno de los actores protagónicos de las nuevas luchas sociales.

V - Necesidad de restablecer la conducción. Deberes y responsabilidades.

La transformación de un país, el cambio en el curso de la historia, requiere que haya sectores sociales con el vigor necesario como para lograrlo y con la determinación de hacerlo. Es decir, que se beneficien con ese cambio y que tengan conciencia de ello y, por eso, procuren producirlo. Eso es el sujeto social que, asumido como sujeto político, es capaz de actuar como agente transformador de la realidad y constituye un factor indispensable para que ésta tenga lugar efectivamente.

Ese sujeto social, a partir de su toma de conciencia de los intereses que le dan basamento, necesita organizarse, construir poder, diseñar y elaborar los medios que le permitirán optimizar el uso de su fuerza para lograr la finalidad perseguida. Es decir, erigir el instrumento (o el conjunto de instrumentos, si se quiere) que lo convertirá en un sujeto político. Y la organización política, entendida en su sentido más amplio, tiene que adoptar



alguna orgánica que la dote de un método operativo de toma de decisiones. Podrá preferir una metodología más o menos democrática, más horizontal o más verticalizada, pero no podrá carecer de ella.

En ese proceso de construcción de la organización política, hay dos roles fundamentales, que a veces se superponen y otras se diferencian. Se trata del liderazgo y de la conducción. El liderazgo es importantísimo, pero no siempre existe y, en tal supuesto, la organización deberá arreglárselas sin él. La conducción, en cambio, es imprescindible. Sin conducción no hay organización política que lo sea en toda la dimensión del concepto.

El líder -desde el carisma- concita, convoca, motiva, impulsa. El líder es un generador de estados de ánimo. Es el que marca el rumbo, señala la meta, vislumbra el futuro deseado y lo traduce. Es un creador de posibilidades históricas porque puede lograr que coincidan las condiciones objetivas favorables con un estado de ánimo de las masas populares que signifique una decisión inquebrantable de avanzar hacia los objetivos propuestos.

La conducción, en cambio, es la que se ocupa de que la organización creada esté en condiciones de avanzar efectivamente, con eficacia, evitando que la mística, la decisión y el compromiso desemboquen en el fracaso simplemente porque los medios no estaban preparados adecuadamente o su coordinación y complementación no se realizaron en tiempo oportuno y con la eficiencia debida.

El líder prescinde de los detalles, de los aspectos secundarios, de los requisitos técnicos. Su misión es levantar en alto las banderas y lograr que las masas estén dispuestas a luchar por ellas. La conducción, en cambio, debe cuidar los detalles, garantizar la respuesta técnica idónea e impedir que las contradicciones secundarias interfieran con el logro del objetivo principal. En suma, asegurar que las masas que marchan a la sombra de las banderas constituyan una máquina tan perfecta como sea posible y no un conjunto anárquico de grupos disociados.

Hay líderes que fueron grandes conductores (Napoleón, Lenin, Perón y muchos otros). Y otros que sólo fueron grandes motivadores, pero que tuvieron la claridad necesaria para comprender la importancia de la conducción y delegarla o compartirla, convirtiéndola en una responsabilidad colectiva. Cuando no se advierte esta necesidad, la organización -y la causa- están en peligro.

Sin líderes se puede avanzar. Es difícil, pero factible. En esos casos, el líder es el propio partido, la organización en sí misma, expresada por una conducción inteligente. Sin conducción, en cambio, lo único seguro es el fracaso.

La conducción debe ordenar al conjunto y sintetizar la diversidad para transformar lo heterogéneo en unitario. Esto supone conocer y respetar las aspiraciones de cada sector social y de cada grupo político, procurando armonizarlas según un orden de jerarquía y prelación. Y conseguir que esa síntesis sea comprendida, aceptada y respetada por todos. Debe organizar eficientemente las diversas áreas que integran la organización. La presencia territorial, los frentes de masas, las representaciones parlamentarias e institucionales en general, las relaciones con otras fuerzas afines o cercanas, y las funciones específicas y esenciales (estudio de los problemas que son materia de políticas públicas, elaboración de proyectos, diseño de esas políticas, prensa, redes sociales, seguridad, aseguramiento de los recursos necesarios, administración de la infraestructura y de los colaboradores, etc.). Debe conocer, respetar y conferir participación a todos los compañeros, sin privilegiar a unos sobre otros por ninguna razón de carácter subjetivo. A los dirigentes principales, a los cuadros medios y a la militancia que también debe tener, real y efectivamente, la posibilidad de opinar y proponer. Debe encontrarle a cada compañero la función adecuada a sus modalidades y posibilidades. Debe escuchar, no sólo como señal de respeto, sino porque la base social y las estructuras militantes son creadoras de iniciativas importantes y útiles. Debe, resumiendo todo eso, establecer la táctica y la estrategia de la organización, así como sus objetivos en cada etapa. Y asegurar su accionar disciplinado y eficiente basado en que la totalidad de sus miembros están informados, han participado y ratificaron su compromiso. Sus responsabilidades abarcan desde la más alta dirección hasta la gestión diaria, pasando por la elaboración científico-técnica.

Es, en fin, la responsable de que el conjunto avance como un solo hombre en dirección a la meta. Eso implica no caer en tentaciones vanguardistas, que acaban convirtiendo a quienes tienen la responsabilidad de conducir en patrullas perdidas



desconectadas del grueso de la columna, y tampoco abandonar a los rezagados a quienes hay que ayudar a retomar el paso. Y si no hay líderes o no están en condiciones de ejercer el liderazgo, es también deber de la conducción, además, construir un liderazgo colectivo, logrando que -aún en ausencia de una notable personalidad carismática- se concite, se convoque, se motive y se impulse a las masas; se avive la mística que es capaz de mover montañas; y se eleven en alto las banderas con la certeza de que nadie desertará de la lucha.

Néstor y Cristina, a su modo y en su momento, ejercieron el liderazgo. Y Néstor de alguna manera condujo, sin organicidad, en su estilo áspero, pero reconoció la personería de cada uno, habló con todos, persuadió y cedió cuando había que ceder. El hecho es que desde su muerte, hace más de seis años, el movimiento carece de conducción y esto fue, sin duda alguna, otra de las causas sustanciales de la derrota y constituye una carencia que es imprescindible remediar ya. Cristina asumió el liderazgo, tomó el mando y lo ejerció plenamente. Y al hacerlo dirigió e impulsó, pero no condujo. Porque conducir -ya se sabe- es persuadir, consensuar, sintetizar.

Sin perjuicio de ese vacío, Cristina sigue siendo -cómo dudarlo- una personalidad relevante que aún puede aportar mucho a la causa de la emancipación del pueblo. Hay que confiar en que ponga su prestigio, su talento y su ascendiente sobre importantes sectores de la ciudadanía al servicio de esa finalidad, con la grandeza y el desprendimiento que se le reclaman a quienes ingresan en la historia. Tiene la posibilidad de contribuir en gran medida a la unidad de todos los que coincidimos en el objetivo de derrotar en las urnas a la derecha entronizada. Si lo hace generosamente, habrá una nueva razón para exaltar su rol. Por otra parte eso es lo que ella ha dicho, reiteradamente, acerca del papel que quiere desempeñar en las etapas venideras, del mismo modo que ha manifestado, una y mil veces, que no está en sus planes asumir ninguna conducción, decisión que sólo merece el respeto de la militancia.



En definitiva, la responsabilidad es nuestra. De todos quienes formamos parte de esta multitudinaria columna de hombres y mujeres hermanados por las esperanzas y los sueños de constituir una sociedad justa, igualitaria, solidaria, próspera, democrática y segura.

Nosotros, como Movimiento Evita, debemos comenzar por perfeccionar y consolidar nuestra propia organización y asegurar que nuestra conducción funcione dentro de los parámetros que propiciamos para el conjunto del movimiento popular. Y, desde aquí, contribuir en todo cuanto sea posible a que el conjunto se dé una conducción que garantice representatividad, jerarquía, eficiencia, lealtad, transparencia y respeto a la militancia.

VI - Reconstruir al sujeto social es fortalecer al movimiento nacional y popular.-

Tenemos por delante una tarea urgente: reconstruir el sujeto social llamado a dar carnadura y sustento al movimiento nacional y popular como herramienta colectiva para transformar la realidad y cambiar el curso de la historia en favor de la inclusión, la igualdad y la justicia. Si no lo lográramos, aunque ganemos elecciones y recuperemos gobiernos, siempre estaremos expuestos a quedar a mitad de camino.

Sin duda es básicamente cierto que en el mundo capitalista existen dos sectores sociales fundamentales: los que se apropian de la riqueza y son dueños de los medios para producirla y los que, con su trabajo ejecutado al servicio de los patrones, la producen efectivamente. Pero esa concepción binaria y decimonónica no basta para explicar cómo funcionan las sociedades capitalistas actuales, su complejidad y sus matices, especialmente si son de aquellas que poseen una organización institucional democrática y han alcanzado, como mínimo, un mediano desarrollo. Y si además se trata de países que están emergiendo del subdesarrollo y la dependencia, la complejidad se acentúa en tanto incorpora "la cuestión nacional", es decir, la necesidad de completar el proceso aún inconcluso de construcción de una entidad nacional plena y autónoma.

Ahora bien, quienes aspiran a modificar la realidad y apuntan a la construcción de sociedades más justas, no pueden prescindir del análisis de esa complejidad. Sencillamente, porque no hay posibilidad alguna de transformación sin la presencia de un bloque social que posea el vigor y la amplitud indispensables para doblegar la resistencia de quienes son beneficiarios del estado de cosas preexistente. Los cambios no los hacen los líderes, sino los pueblos. Pero la expresión "pueblo" -que es entrañablemente nuestra- no deja de ser una abstracción simbólica, que adquiere vivencia concreta cuando se materializa en el bloque social constituido por las diversas clases y sectores que convergen en la exigencia del cambio.

En la compleja estructura social contemporánea, en la que las clases sociales han perdido homogeneidad, es improbable que ese sujeto pueda integrarse con una sola clase social. Seguramente deberá estar constituido por una amalgama de clases y sectores sociales cuyo común denominador consiste en que el cambio los favorece, aunque, secundariamente, puedan tener intereses no siempre coincidentes.



En la etapa kirchnerista avanzamos a partir de un bloque social que reunió a las víctimas de la destrucción de los '90 y de la crisis de principios de siglo. Estuvieron allí los nuevos pobres, los parias de la informalidad, los trabajadores sin patrón, agrupados en los movimientos sociales; la clase trabajadora tradicional, arrinconada por la desindustrialización neoliberal; sectores de clase media con ingresos fijos o rentas acotadas, agredidos además por el apoderamiento de sus sufridos ahorros; los empresarios nacionales que no aceptaron convertirse en importadores de lo que antes producían; los intelectuales liberados de la matriz eurocéntrica generadora del pseudoprogresismo siempre funcional a la derecha; y una muchedumbre juvenil ansiosa por recuperar la emoción incomparable de consagrarse a la lucha por hacer un país mejor. Y si bien es cierto que ese bloque social fue más implícito que asumido y más instintivo que organizado, aún así determinó que eligiéramos tres gobiernos sucesivos comprometidos con lo nacional y popular, hizo posible superar los errores y las derrotas puntuales y garantizó presencia en la calle. Sin embargo, pese a los logros obtenidos, no alcanzó a consolidarse suficientemente.

Todo bloque social es, en principio, la resultante de una coincidencia objetiva de intereses. Pero se asume como bloque cuando cada uno de sus integrantes cobra conciencia de esa coincidencia. Es recién entonces -cuando se internaliza esa toma de conciencia- que se opera la conversión del conjunto en sujeto político apto para obrar como agente del cambio histórico. Y ese salto cualitativo, a su vez, sólo es factible como fruto de una construcción política sistemática que incluya, como componente fundamental, la búsqueda del predominio cultural. Porque el bloque social, para producir y preservar una transformación profunda -en buena medida estructural- deberá devenir hegemónico. Es decir, lograr que las mayorías acepten e incorporen la validez de su propia escala de valores, que vean la realidad a través de su propia óptica, que su pensamiento y sus objetivos prevalezcan porque su propio sentido común se convierta en el sentido común preponderante en el conjunto de la sociedad. El no haber logrado un avance decisivo en ese sentido es un factor clave a la hora de explicar la derrota.

No obstante, decíamos al principio, hemos avanzado mucho, aunque sea verdad que ese avance tuvo más de reparación que de innovación, de reconstrucción que de creación. Con notables excepciones, como la entronización de los derechos humanos como valor esencial y la decidida extensión de los derechos civiles, lo logrado tiene que ver con la devolución a la política de su rol central, con la reposición de los objetivos históricos de los grandes movimientos nacionales y populares y con la restitución de derechos conculcados. Sin embargo, no logramos resolver los problemas que siempre acechan a nuestra economía cuando imperan criterios distributivos, ni consolidar el crecimiento, ni abordar con eficacia lo que hemos llamado "nueva cuestión social" ni, mucho menos, consolidar el bloque social hasta el punto de crear condiciones hegemónicas.

Es por eso que, de ahora en más, el avance tendrá que ser

distinto porque hemos llegado a un límite en cuanto a la posibilidad de restituir lo perdido. Cuando el pueblo recupere el gobierno, habrá que tener muy claro que avanzar más exigirá cambios estructurales y nos obligará a entender en toda su dimensión que el mundo ahora es distinto, que este capitalismo con predominio financiero globalizado no es la sociedad industrial que conocimos, que la organización del trabajo es otra y que las nuevas tecnologías reducen la demanda de mano de obra generando una problemática social distinta y más grave en tanto excluye, margina y profundiza incesantemente la desigualdad.

Cuando iniciemos la nueva etapa con el pueblo en el poder, la victoria final dependerá de que se asuma la necesidad de reconstruir el bloque social agrietado, fortalecerlo, concientizarlo y empoderarlo. Porque esta vez será preciso volver a cambiar la historia, como en el 45.

Ahora bien... ¿qué es lo que dificultó que esa consolidación se efectivizara antes? Quizá deba decirse, en plan de sintetizar lo complejo, que en algunos casos las mejoras económicas no implicaron una transformación sustancial; en otros no fueron acompañadas por una labor de esclarecimiento y concientización; y en otros, además, se careció de sensibilidad suficiente como para percibir los problemas y las inquietudes que afectan específicamente a ciertos sectores sociales y comprender que, a veces, pesan tanto o más que los avatares económicos.

1. Los excluidos.- El caso de lo que hemos llamado neoproletariado es muy claro. Esos trabajadores de la marginalidad y la exclusión constituyen un componente indispensable del bloque social transformador, porque ellos son ahora "los que nada tienen que perder, salvo sus cadenas". Y, precisamente por eso, los potencialmente llamados a erigirse en el núcleo más dinámico del nuevo sujeto social.

En la última década fueron asistidos mediante políticas sociales diversas. Su situación mejoró y su poder adquisitivo creció sensiblemente. Pero su vida no cambió. Al proletariado de mediados del siglo pasado el peronismo sí le cambió la vida, partiendo del salario, la legislación laboral y el delegado en la fábrica, hasta llegar a la vivienda propia, el acceso de los hijos a la universidad, el turismo como un bien naturalizado, la protección de la salud y la jubilación decorosa. Es la distancia que media entre la mejora material y la dignidad asumida. Por eso, "los sindicatos son de Perón" y, durante medio siglo, los trabajadores se mostraron dispuestos a dar "la vida por Perón". Era, en definitiva, una metáfora de su decisión de defender la dignidad conquistada.

La mejora material suscita adhesión y apoyo... hasta que la inflación comienza a dañarla. Una vida nueva identifica y fideliza para siempre o por mucho tiempo. Por eso, para que el neoproletariado se transforme efectivamente en el núcleo impulsor del bloque social agente del cambio histórico deberá saber que lucha por algo más que una mejora relativa de su poder adquisitivo. Deberá sentir en sus entrañas que lucha por su dignidad y que eso significa cambiar su vida, la vida de sus hijos y de los hijos de sus hijos, definitivamente.



2. La clase trabajadora tradicional.- Los trabajadores que fueron vanguardia de la lucha social en los dos siglos anteriores no escaparon a la explotación, pero lograron alcanzar una situación considerablemente resguardada, especialmente a partir del Estado de Bienestar. Lo mismo acontece en nuestro país. La que fuera “columna vertebral” del primer peronismo es la que se expresa en el movimiento sindical que, bueno es recordarlo, sólo agrupa, en la práctica, a los trabajadores en blanco, con contrato por tiempo indeterminado regularmente registrado. Por sus niveles de ingreso y sus pautas de consumo, se han convertido en una nueva capa media, no obstante lo cual siguen poseyendo una capacidad de presión incomparable que los hace titulares de un gran potencial transformador. No es imaginable la posibilidad de un cambio positivo de las relaciones sociales sin su presencia protagónica. En nuestro caso, su fractura en varias organizaciones enfrentadas es uno de los pecados más imperdonables cometidos en los últimos años, del que no estamos excluidos porque no hicimos nada para evitarla. Será indispensable su reunificación (como mínimo “la unidad en la acción” que a veces se insinúa), asumir que los liga una identidad en esencia compartida con los trabajadores de la informalidad y avivar el fuego sagrado que simbolizó su gesta revolucionaria durante aquellos dos siglos, con la certeza de que hay rescoldos.

La relación que se ha establecido entre la CGT y la CTEP (así como con las dos vertientes de la CTA) abre una esperanza muy concreta en ese sentido, y constituye un apoyo que seguramente incidirá para que se iniciara una experiencia de diálogo social que conlleva la trascendente novedad de la participación institucional de las organizaciones representativas de los trabajadores de la economía popular. En estos días hemos dado pasos fundamentales. Las manifestaciones conjuntas. El apoyo de la CGT a la Ley de Emergencia Social reclamada por la CTEP, Barrios de Pie, la CCC y otros numerosos movimientos sociales, así como la solidaridad de éstos con los reclamos de las centrales sindicales han sido los primeros, pero asumen una importancia mayúscula. Ese camino no debe ser abandonado por ninguna

razón y, por el contrario, deberá ampliarse constantemente a otros sectores y organizaciones.

3. La clase media.- La suerte de la gran mayoría de las personas que se consideran de clase media mejoró sustancialmente en la última década y su futuro depende también de que se retome el camino de las realizaciones nacionales y populares, aunque muchas de ellas no lo entiendan ni lo acepten. Es imperativo lograr que lo comprendan y eso sólo será factible si comenzamos por entender sus propias inquietudes. El reclamo de seguridad, transparencia y buen funcionamiento institucional es legítimo, compartible y saludable. Las capas medias reaccionan con particular sensibilidad frente a los episodios de corrupción y reclaman una profunda renovación política. Y tienen plena razón, si bien a veces ese tipo de reclamo es utilizado por quienes expresan a los intereses dominantes para desviar el foco y ocultar la verdadera naturaleza de los problemas centrales. Pero es receptando con respeto sus demandas y contribuyendo a que tengan respuesta eficiente como se ayudará mejor a que puedan percibir los comunes denominadores que las unen con los demás y la consiguiente necesidad de coincidir en las acciones, las demandas y la selección de los instrumentos para hacer realidad los fines compartidos.

4. El empresariado.- Hace alrededor de un siglo que muchos argentinos aguardan la irrupción de una burguesía nacional que encabece un proceso de desarrollo capitalista pleno y siente las bases para la construcción sólida de un país próspero, en el que pueda desarrollarse una sociedad más equitativa y avanzada. Fue una ilusión que deslumbró a Carlos Pellegrini, alentó a los líderes radicales, se expresó en figuras como Miguel Miranda y José Ber Gelbard, se instaló fuertemente en el desarrollismo de Frondizi y Frigerio y hasta condujo a Néstor Kirchner a procurar el rescate de YPF a través de la presencia del grupo Eskenazi. Ya es hora de pensar que se trata de una entelequia o que fue una mera ilusión que la realidad se encargó de extinguir. Pero sí existen empresarios nacionales, urbanos y rurales, que



contribuyen con su esfuerzo a la creación de riqueza y que deben ser alentados por un programa económico que tienda a optimizar las cadenas de valor y concretar en su máxima dimensión el potencial productivo argentino. También ellos son un componente necesario.

5. El pensamiento y la militancia.- Los intelectuales -pensadores, científicos, profesionales, docentes, artistas, periodistas-, así como los jóvenes militantes, serán esenciales como portadores y transmisores de una nueva visión liberadora. Ello así, en tanto puedan diferenciar la sumisión incondicional de la lealtad creativa. El ejercicio de la libertad intelectual es un atributo irrenunciable, pero además constituye un aporte esencial al diseño estratégico del proyecto nacional. La eventual pretensión de comprimirlo al nivel de la obediencia acrítica equivaldría a desistir del futuro. Sin intelectuales, científicos, profesionales y técnicos que contribuyan a convertir los anhelos masivos y las propuestas militantes en proyectos viables y eficientes no habrá un genuino programa transformador. Subestimar el rol de los especialistas con conciencia política es un error frecuente y gravísimo de los movimientos populares. El modelo alternativo no será ni podría ser un producto de laboratorio, sino el fruto preciado de la lucha popular. Pero el laboratorio sí es necesario para conferirle viabilidad y hacerlo sustentable.

Todo eso deberá ser computado para reformular el bloque social indispensable. Que tendrá que sumar una fuerza arrolladora para vencer la resistencia de los intereses dominantes, pero que también deberá alcanzar la amplitud de las muchedumbres populares, porque la lucha se libra en democracia y porque la victoria conlleva, precisamente, la voluntad de preservarla, profundizarla y enriquecerla.

Ahora bien, la posibilidad de que un conjunto de sectores sociales se conviertan en un nuevo bloque histórico capaz de remodelar la sociedad bajo una nueva escala de valores, depende del número y del vigor, pero sobre todo de que sea capaz de impregnarla con su pensamiento transformándolo en sentido común del conjunto. Eso supone, insoslayablemente, vencer en la batalla cultural que hasta ahora hemos perdido.

VII - La batalla cultural que falta ganar.-

El capitalismo -ya lo dijimos- protagoniza una etapa de su historia compleja, paradójica y contradictoria. Nació impudoso y salvaje y provocó una tragedia social mayúscula. En nombre de la libertad consagró la explotación como piedra angular del sistema. En nombre de la igualdad de los hombres ante la ley estableció el contrato de trabajo como instrumento de incorporación de los trabajadores al servicio de un empleador, con notorios resabios de naturaleza dominial y una impronta de sumisión. En nombre de la autonomía de la voluntad prohibió -y castigó como delito- la interferencia sindical y relegó al Estado al papel de guardián de la vida y hacienda de los propietarios con rigurosa abstinencia en materia económica. En ese orden de cosas, todo quedaba reservado a la irrestricta y omnisciente voluntad del mercado que ordena la economía, asigna los recursos y corrige las eventuales y transitorias dificultades. La "mano invisible del mercado" -proclamada en el siglo XVIII por Adam Smith y aún vigente para sus acólitos contemporáneos en versión neoliberal- en su infinita sabiduría, organiza la producción y distribuye los bienes conforme a un orden que es "natural" en el modo de producción capitalista.

No obstante, promovió un desarrollo extraordinario de la producción y la riqueza, del conocimiento científico y de su aplicación a los procesos productivos. Aquel liberalismo, el clásico, asoció ese progreso a la combinación virtuosa de la libertad y la propiedad, y se asumió como sumo sacerdote y guardián del nuevo ordenamiento que avanzaba sobre el planeta, transformándolo. Sobre esas bases un nuevo bloque histórico se hizo del poder y gobernó el mundo, no sólo en virtud de su capacidad de dominación física sino porque impuso su pensamiento, su visión de las cosas, su concepto de cómo debía ser y funcionar la sociedad y le imprimió sentido al conjunto social. Es decir, devino hegemónico, en tanto no sólo tomó el control del Estado y asumió la dirección política de la sociedad, sino también su dirección cultural hasta lograr la universalización de sus intereses corporativos.



Por supuesto, ni las hegemonías ni las fases de la historia son eternas. El dominio capitalista, especialmente en su dimensión de supremacía cultural, comenzó a ser disputado. El movimiento sindical, el pensamiento socialista, el socialcristianismo, el avance de las instituciones democráticas tuvieron que ver con esa disputa que transitó más de dos siglos, opusieron otros valores al pensamiento hegemónico y lograron, progresivamente, atenuar abusos y limitar excesos. Hasta que, promediando ya el siglo XX, luego de la Segunda Guerra Mundial, se instauró en los países del capitalismo avanzado y en algunos de desarrollo incipiente el llamado Estado de Bienestar. A partir de entonces, mediante una fuerte intervención estatal en la economía y en las relaciones sociales, y aplicando un régimen tributario severo que hizo posible sustentar un sistema de seguridad social efectivo, aun sin afectar las bases del modo de producción capitalista, surgió una sociedad más igualitaria, equitativa y solidaria. El Estado de Bienestar fue, en parte, una conquista del movimiento obrero y de las diversas corrientes del pensamiento popular y progresista, y en parte una táctica defensiva del propio capitalismo frente a la amenaza del bloque formado en torno de la URSS. Lo cierto es que fue una experiencia tan interesante como efímera. Apenas duró 30 años -en términos históricos, sólo un instante fugaz- y sus cimientos comenzaron a resquebrajarse, a mediados de los pasados años '70, desnudando de nuevo el rostro más duro del capitalismo. La ilusión duró lo que un trozo de hielo bajo el sol y el capitalismo devino, otra vez, salvaje (son palabras de Francisco). Las causas, sin duda, fueron múltiples. Desde la caída de la tasa de ganancia industrial hasta la exuberante multiplicación de los activos financieros. Desde el aumento del precio del petróleo hasta la nueva revolución tecnológica. Y también, sin duda, el colapso del llamado "socialismo real", que allanó el camino

sentido de acción y creación colectiva, desde los partidos políticos populares hasta las organizaciones sindicales y sociales de cualquier tipo. Y más tarde, en los '90, bajo el manto del peronismo, la desviación de un grupo que traicionó prolijamente todos los principios fundantes de la tradición nacional y popular para entregar la economía del país al capital externo, completar un proceso de endeudamiento atroz, desgazar el Estado, aniquilar el empleo y entregar la conducción de la Nación a un núcleo neoliberal fundamentalista e irresponsable.

Así se completó un proceso de regresión histórica que durante la etapa de Alfonsín tampoco fue detenido, pues después de la pronta separación de Bernardo Grinspum de la conducción económica y del ensayo gatopardista de Parque Norte, todo quedó pronto para el golpe de mercado. Y el neoliberalismo en estado de latencia.

Entre las consecuencias más graves de cuanto pasó en la Argentina en el último cuarto del siglo pasado y en el inicio de éste, junto al terrorismo de Estado y su secuela sangrienta, a la destrucción del aparato industrial y a la expulsión de millones de compatriotas hacia los márgenes de la sociedad, es imposible no mencionar la regresión ideológica y cultural.

Primero se desprestigió al Estado, imputando a su intervención en la economía la responsabilidad por todos los males del país. "Achicar el Estado para agrandar la Nación" fue el lema imperante. Y después, con mayor sutileza, en clave subliminal, se inoculó un individualismo maximalista, asociado a la idea de que sólo el éxito personal justifica la vida y que sólo se triunfa si se alcanzan las metas económicas que cada uno se propone. La consecuencia no fue otra que el "sálvese quien pueda" y la consiguiente exclusión de toda concepción solidaria.



hacia un capitalismo más consagrado a la especulación que a la producción, global y financiarizado, sin reglas, regulaciones ni ataduras de ninguna índole. Se adornó, filosóficamente, con los aportes del llamado neoliberalismo.

Nosotros vivimos las dos experiencias muy intensamente. Con el primer peronismo establecimos nuestro propio Estado de Bienestar -el más significativo del tercer mundo- con sabor a conquista antiimperialista en un proceso que conllevaba, como objetivos también sustanciales, la afirmación de la autodeterminación económica y política. Y a partir de 1976, con la dictadura militar, experimentamos la destrucción, a sangre y fuego, de todo cuanto tuviera

La idea de lo colectivo, desde sentirse parte del pueblo y corresponsable del destino de la Nación hasta identificarse con la clase o grupo social del que se forma parte y con el que se está unido por comunidad de intereses, fue arrumbada. Los colectivos que hicieron posible que nos sintiéramos parte de la Patria Grande Latinoamericana y del sujeto social y político llamado a construir un país justo y solidario fueron quebrantados. En primer lugar por la dictadura, hasta físicamente, y luego por el neoliberalismo, su prédica y su instrumentación del consumo desenfrenado y "jerarquizado", funcional a una economía simbolizada por los derivados financieros. De tal modo los colectivos se partieron y hoy es posible que sectores de clase



media asalariados abominen de los sindicatos y que miembros de la clase obrera tradicional desprecien a los “negros”, del mismo modo que los habitantes de un country de Pilar los desprecian a ellos.

El otro factor inabordable -y ya mencionado con respecto a la derrota electoral- consiste en la extraordinaria importancia adquirida por los medios de comunicación masiva que, imbuidos ya de la posibilidad de moldear la opinión pública, los gustos y las inclinaciones de los consumidores, reproducen de manera cotidiana e incesante, hasta perforar las mentes e invadir las, aquellas categorías ideológicas. El hecho es que, entre los '70 y los '90, el virus se esparció en el conjunto de la población, atravesando transversalmente todas las clases sociales y generando, sobre todo en las más vulnerables y menos pudientes, un estado de frustración y angustia que se emparenta con muchos de los problemas que hoy preocupan a la sociedad.

Ahora bien, el neoliberalismo, en tanto modelo económico y social, fracasó en la Argentina y en el mundo. Ese fracaso se exteriorizó, aquí, en la crisis de principios de siglo y en el mundo en la de 2008, cuyas consecuencias aún no han desaparecido. Cuando mayor es el potencial productivo a nivel mundial y más impactante la acumulación de riqueza, más injusta es su distribución, más se profundiza la desigualdad y la exclusión social deviene estructural y crónica. No obstante, por una suerte de efecto inercial fortalecido por la deserción imperdonable de la izquierda de los países desarrollados -vacía de todo pensamiento alternativo-, la ideología neoliberal sigue prevaleciendo y los círculos más concentrados del poder económico y político internacional replican e imponen sus recetas. En el plano de la realidad concreta países como España, Portugal, Irlanda, Grecia y hasta Italia y la misma Francia, son la prueba irrefutable del fracaso, si no bastara el grado obscuro de desigualdad que separa como un abismo, en todo el mundo, a la minúscula minoría que acumula inmensas riquezas del resto de la humanidad. Pero, sin embargo, en orden a la ideología imperante, el otrora pretendido “pensamiento único” sigue prevaleciendo, continúa modulando la acción de la mayoría de los organismos internacionales y no cesa de arruinar la vida de los pueblos.

Nosotros, en la década larga del kirchnerismo, habíamos recuperado la centralidad de la política y del Estado, puesto en pie el aparato productivo, creado empleo y mejorado sustancialmente la distribución del ingreso. Pero no logramos que se tome conciencia plena del significado de esos logros, de cuáles fueron los instrumentos para alcanzarlos ni de que el único modo de restablecerlos, acrecentarlos y consolidarlos -una vez recuperado el poder- consiste en profundizar la transformación estructural hasta hacerla irreversible.

Es imprescindible restaurar el sentido de lo colectivo, reinstalar la solidaridad al tope de la escala de valores y convencer al bloque todavía potencial de que sólo unidos y juntos podremos construir el país justo en el que aspiramos que nuestros hijos puedan crecer y realizarse plenamente. A todo el esfuerzo realizado habrá que

sumarle una función constante de prédica y ejemplo, el uso honesto de los medios que la tecnología pone a nuestra disposición y una transformación profunda del sistema educacional para que vuelva a servir, con eficacia y excelencia, a la causa de la Nación y del pueblo.

Hasta que quede claro y absolutamente asumido que, hoy, libertad e igualdad tienen como condición de existencia la inclusión, y que ésta es requisito insoslayable para el ejercicio de la democracia.

Mientras no logremos que estas ideas sean compartidas, se naturalicen, se conviertan en pensamiento común y le otorguen sentido al conjunto de la sociedad, es decir, mientras no ganemos la batalla cultural todavía pendiente, jamás sentiremos que hemos construido en terreno sólido.

VIII - El pensamiento hegemónico y la perspectiva de género.-

En estos tiempos la problemática de género ha cobrado una extraordinaria relevancia. No seguramente porque sean nuevas las prácticas discriminatorias, ni el recargo laboral, ni la violencia de género, sino porque han adquirido una visibilidad notable, en parte como consecuencia del análisis teórico que permite entender las razones y la mecánica funcional que dan lugar a las discriminaciones y, fundamentalmente, debido a la lucha desarrollada por las mujeres que, con valor y firmeza llevaron adelante sus reclamos y protagonizaron una movilización extraordinaria en demanda del reconocimiento de la igualdad de derechos.

Es preciso destacarlo por su importancia, por su significación moral, porque configura una situación especial de opresión y de explotación que afecta a la mitad del género humano y porque constituye un ejemplo clarísimo de cómo opera el pensamiento hegemónico.

La visibilidad que estos problemas han alcanzado en el siglo XXI y el impacto que producen torna evidente la necesidad de enfocarlos con una perspectiva de género, del mismo modo como es preciso receptar y respetar las diversidades sexuales que tienen reconocimiento en la sociedad. Las reivindicaciones y luchas específicas de las mujeres forman parte del camino a transitar para construir el nuevo bloque social y librar la batalla cultural que planteamos como condiciones esenciales para alcanzar los objetivos de libertad, equidad e igualdad que perseguimos.

Es sabido que si bien la legislación en muchos países (quizá la mayoría) consagra la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, su efectivo ejercicio es limitado. Las mujeres tienen una escasa participación en funciones directivas de cualquier naturaleza -Estado, partidos políticos, empresas, sindicatos, etc.-; la excepción la constituyen aquellas actividades que se han feminizado, precisamente por estar mal remuneradas (como es el caso de la docencia); perciben generalmente un salario inferior aunque realicen iguales tareas; soportan una sobrecarga extraordinaria dado que a sus responsabilidades laborales añaden las hogareñas porque, en general, los roles que les asignaron culturas arcaicas perduran como en el pasado a pesar de la



incorporación masiva de la mujer al ámbito laboral ya notoria a mediados del siglo XX; esa sobrecarga de tareas, especialmente por actividades de cuidado y otros servicios obviamente no remunerados, durante tres, cuatro o más horas diarias, significan una limitación en cuanto a sus posibilidades de capacitación y acceso a trabajos mejor remunerados y más calificados, lo que implica, en muchísimos casos, limitar sus posibilidades laborales a las tareas más precarias, dentro de la informalidad o a aquellas actividades que denominamos de la economía popular; no obstante, existe aún un prejuicio generalizado acerca de una supuesta “inferioridad” del sexo “débil”; y subsiste una atrocidad de género vinculada, probablemente, a la “cosificación” de la mujer, a su visualización como “objeto de pertenencia” y a una relación asimétrica de poder. La interacción de esas

en la que los hombres asumen un rol también dominante –y, en consecuencia, opresivo- respecto de las mujeres.

Este rasgo integra el pensamiento hegemónico y, por lo tanto, forma parte de los contenidos ideológicos inoculados al conjunto de la sociedad. El pensamiento hegemónico nos penetra transversalmente, de modo tal que el mismo sentimiento de dominio patriarcal que es propio de los hombres de la clase dominante anida en la conducta de los hombres de todos los sectores sociales. Nosotros mismos -los integrantes del Movimiento Evita- somos testigos de que eso ocurre, unos como culpables y otras como víctimas. Pero es un hecho que el “machismo” no ha estado ausente en nuestra propia organización y en su funcionamiento. Dato de la realidad que también exige



distorsiones genera una desviación dominial, una patología, que en algunos hombres –en muchos, desdichadamente- llega a traducirse en intolerables manifestaciones de violencia. Todo esto es sabido, pero hay un par de aspectos que deben resaltarse aunque tampoco impliquen novedades.

Uno de ellos es que, si bien la problemática de género no reconoce barreras sociales, la sufren mucho más, en general, las mujeres en situación de pobreza. En primer lugar, porque todo lo señalado en el párrafo anterior se plantea con mayor agudeza y resulta aún más angustioso e intolerable cuando se suma a la inexistencia de recursos para satisfacer las necesidades básicas de una familia. Y luego, porque la crisis del empleo o, si se quiere, la crisis de la sociedad salarial que constituye uno de los ejes de este análisis, determina que muchísimas mujeres de los sectores más vulnerables deban hacer frente solas a situaciones de gravedad extrema. Es un hecho que la pérdida del trabajo, la imposibilidad de ganar el sustento, produce en una considerable proporción de hombres un efecto devastador que los inutiliza para afrontar la situación crítica sobreviniente y, a menudo, los lleva a desertar de todas sus obligaciones familiares. La cantidad de mujeres que son “jefas de hogar” acredita la veracidad de lo afirmado y demuestra hasta qué punto la problemática de género –igualmente grave, en sí, para todas las que la padecen- es infinitamente más difícil de afrontar en condiciones de pobreza.

Y otro aspecto que amerita ser subrayado es que la ideología dominante incluye un claro sesgo patriarcal. Es decir, esta es una sociedad clasista, en la que la clase dominante oprime y explota a las clases subalternas y es, además, una sociedad patriarcal

la más severa autocrítica e inmediata rectificación.

En cuanto al tema general, es evidente que no debe constituir una causa exclusivamente femenina. Todos y todas, los hombres y las mujeres que coincidimos en desear una sociedad justa y solidaria y en luchar por ella, debemos compartir la cruzada contra el “machismo” en todas sus formas, desde las más aberrantes hasta aquellas en las que todos los hombres incurren, inclusive practicándolas de manera inconsciente. Y debemos lograr, juntos, pasar de esta etapa de intenso activismo defensivo –“Ni una menos”- a otra que se caracterice por obtener de todos los poderes del Estado medidas concretas, efectivas, eficaces y severas que garanticen el reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos, el acceso a la educación sexual integral, servicios de consejería, la libertad de decidir sobre su propio cuerpo y la absoluta indemnidad de las que ejerzan esos derechos. Así como es preciso ir por un cambio cultural profundo, que incluya una suerte de revolución educacional específicamente referida al tema, que garantice a las generaciones que nos siguen que tendrán un gravísimo problema menos, y también un motivo menos para avergonzarse.

IX - Un nuevo escenario y el mismo objetivo.-

Dijimos antes que se han producido cambios esenciales –en la economía capitalista, en la organización del trabajo y en la estructura social- que exigen miradas nuevas. Todos sabemos, además, que existen en el mundo entero síntomas reiterados de una progresiva separación entre sectores cada vez más amplios de la ciudadanía y el establishment político de los respectivos



países. Este fenómeno, que a veces se traduce en la aparición de un cierto infantilismo izquierdista o de expresiones anarcoides y, en otras, de facciones neofascistas, refleja en verdad un estado de confusión y angustia en sectores populares que sienten que, día a día, su situación se deteriora y su futuro se torna más sombrío. **Ha cesado la movilidad ascendente; se ha extinguido la placidez que la estabilidad en los empleos proporcionaba a los trabajadores o, como mínimo, se ha reducido a una franja cada vez más delgada del sector asalariado; ya no existe la certeza de que los hijos vivirán mejor que sus padres. Y un enorme desasosiego, una insoportable incertidumbre, abrume y deprime a las masas desorientadas. Las fuerzas políticas que tradicionalmente expresaron a esos sectores, en el mejor de los supuestos, se limitan a la denuncia o reiteran propuestas antiguas, cuando no se convierten lisa y llanamente en cómplices de los grupos dominantes y ejecutores de sus políticas. Y naturalmente, su antigua capacidad de representar con legitimidad, colapsa.**

Lo que en verdad ocurre es que se persiste en dar respuestas del siglo XX a los problemas del siglo XXI. Y el hombre y la mujer de a pie sufren en carne propia las consecuencias de creer que siguen habitando una realidad que ha caducado y de no advertir que son parte de un mundo nuevo, con problemas distintos, seguramente peores, que reclaman ser enfrentados con una óptica también nueva. Es que los cambios son siempre el resultado de procesos que transcurren primero de manera imperceptible, hasta que comienzan a exteriorizarse mediante expresiones aisladas y luego, más adelante, eclosionan, se desarrollan, se naturalizan progresivamente hasta prevalecer sobre los escenarios preexistentes y entonces tornarse canónicos. De modo tal que es habitual que las personas ignoren hasta qué punto están mutando las condiciones históricas en que se desenvuelve su existencia hasta mucho después que los nuevos fenómenos hayan comenzado a manifestarse. Y que por eso, durante un cierto tiempo, les cueste comprender lo que está aconteciendo y no sepan lidiar con sus nuevas dificultades, empeñados en seguir creyendo que la realidad es como era, igual a la imagen de una realidad anterior que conservan en su memoria y no como realmente es ahora, porque ha cambiado. Hoy sin duda eso le ocurre a muchas personas y, lo que es más grave, les ocurre también a fuerzas políticas, a dirigencias sindicales, a estamentos gubernamentales, a intelectuales y a instituciones de todo tipo que, por no advertir la magnitud de los cambios y de sus efectos, erran el diagnóstico y, naturalmente, equivocan la terapia.

El modo de producción capitalista es un sistema que logró progresos notables en orden a la ciencia, la técnica, la producción y la organización del Estado. Tiene el mérito de haber puesto fin a los resabios de etapas históricas previas que eran incompatibles con nuestra valoración de la condición humana, cuya dignidad afrentaban a través de instituciones como la esclavitud o la servidumbre. Pero eso no lo exime de caracterizarse por una suerte de perversidad intrínseca, de crueldad innata, derivada de haber hecho de la ganancia su finalidad última y, de la

apropiación individual de la riqueza socialmente producida, la fisiología funcional a su objeto. Y esa condición innata, que se había disimulado tras el rostro amable del Estado de Bienestar ha reaparecido ahora, con una nitidez que a la luz de las nuevas circunstancias resulta impúdica.

No ignoramos la dureza extrema del capitalismo en sus primeras etapas ni el drama de la clase obrera que crecía incesantemente como consecuencia de la migración campesina, se amontonaba alrededor de las fábricas, imploraba trabajo mientras veía morir a sus hijos y era diezmada por las enfermedades, la explotación inhumana y el hambre. Pero aquel era un capitalismo incipiente, rudimentario, de baja productividad, con herramental ineficiente y problemas logísticos inmensos. Era cruel -porque está en su naturaleza, ya lo dijimos- pero su crueldad era casi la de un joven animal salvaje que pugna por sobrevivir y prevalecer. Este nuevo salvajismo, en cambio, se parece más a una manifestación sádica, porque emana de un capitalismo sofisticado y universalizado, que dispone de la tecnología más alucinante y tiene un potencial productivo ilimitado. Posee realmente los medios necesarios para remediar los más graves problemas de la humanidad -el hambre, las enfermedades, la angustia que engendran las necesidades básicas, urgentes y lacerantes- y construir las bases de una sociedad integrada y feliz. Y en lugar de hacerlo, expulsa, precariza, margina y ahonda la desigualdad.

Pero ocurre que ese mismo sistema capitalista, aunque en aspectos esenciales sea siempre igual a sí mismo, atraviesa etapas muy diferentes desde el primitivismo originario hasta el Estado de Bienestar. Y ahora ha iniciado una etapa nueva que, además de aquellas mani-festaciones referidas a la economía y al trabajo, abarca otros aspectos hasta configurar una mutación generalizada.

En primer lugar, gira en torno de un proceso de acumulación concentrada de la riqueza que carece de precedentes. Innumerables estudios científicos proveen al respecto datos irrefutables. Sólo como un ejemplo ilustrativo entre una infinidad de datos coincidentes digamos que, antes de la crisis, en el 2007, sólo ciento cuarenta y siete empresas controlaban cerca del 40% del total de lo acumulado sumando los resultados operativos anuales de cuarenta y tres mil sesenta corporaciones transnacionales relevadas a nivel mundial. Y de esas ciento cuarenta y siete empresas controlantes, las veinte primeras son bancos o fondos de inversión. Es decir, como lo mencionáramos antes, el capital financiero controla las decisiones del capital productivo.

O bien, que menos de cien mil personas (el 0,0014% de la población mundial) concentran una riqueza equivalente a unos 9,8 billones de dólares, lo que equivale al 60% de la economía de EE.UU. o al 26% de la riqueza anual mundial.

Y que los cincuenta principales bancos privados del mundo (especialmente, los primeros veintiuno) agrupan el 62,7% de toda la riqueza acumulada en los "paraísos fiscales", lo que les permitía manejar 5,4 billones de dólares en 2005, convertidos en



12,1 billones en 2010 (o sea, después de la crisis, más del doble que antes que se produjera). Lo que indica que la supuesta "crisis del capitalismo" de 2008 funcionó, en verdad, como un canal endógeno para reordenar el propio sistema, sustrayendo inmensas riquezas del control de los estados nacionales, y no como una crisis terminal del sistema en su conjunto.

Es que otra de las características de la nueva etapa consiste en el desdibujamiento de los estados nacionales, cuya etapa de mayor consolidación coincidió precisamente con el esplendor del capitalismo industrial. Es manifiesto el progresivo divorcio entre las burguesías y los estados nacionales en los que tuvieron origen, facilitado por la simplicidad con que hoy es factible deslocalizar la producción y trasladarla a otros territorios. Fenómeno que, naturalmente, adquiere proporciones inimaginables respecto de los tenedores más concentrados de activos financieros que, en la práctica, carecen de localización real.

Todo ello se traduce en una cierta impotencia de los estados nacionales -aún de las naciones más poderosas- para incidir sobre la conducta y las decisiones de quienes realmente manejan la economía mundial. Y también en la tendencia a constituir espacios ampliados -como la Unión Europea y otros menos institucionalizados pero igualmente existentes- como un intento de encontrar remedio para esa declinación.

Subsisten sin duda las prácticas tendientes a establecer hegemonías económicas supra nacionales, pero no son ya tan claramente imputables a potencias determinadas. El colonialismo fue claramente atribuible a la hegemonía mundial de Gran Bretaña y de algunas otras potencias europeas que la secundaron desde los albores del capitalismo hasta la Primera Guerra Mundial. Y el imperialismo en sus formas tradicionales también era identificable con las potencias hegemónicas y, fundamentalmente, con Gran Bretaña primero y EE.UU. después, sin perjuicio de que las demás potencias capitalistas de primera clase aportaran también lo suyo.

El neoimperialismo actual, en cambio, opera con un notable grado de autonomía respecto de los estados nacionales, aun los de las primeras potencias, a los que a menudo somete e impone determinaciones originadas en esos círculos globales que agrupan a los dueños de la riqueza universal.

Tales modalidades indican la necesidad de persistir, en primer lugar, en la política de unificación latinoamericana, y también en la necesidad de establecer acuerdos económicos con otros estados -los BRICS, por ejemplo- no necesariamente fundados en un común denominador ideológico sino en la necesidad compartida de fortalecer la posibilidad de implementar políticas viables y sostenibles para favorecer el interés de los pueblos y contrarrestar el poder de los círculos dominantes titulares de la riqueza concentrada.

Otro problema insoslayable característico de esta etapa refiere al deterioro del medio ambiente y a la destrucción del equilibrio ecológico. El capitalismo, en su afán ilimitado de incorporar medios con mayor aptitud productiva y de

actuar sobre la naturaleza en procura de extraer y producir mayores riquezas, ha puesto en marcha un proceso de progresiva destrucción planetaria que no se detiene. Ese es también un aspecto que no puede pasar desapercibido y que debe incorporarse, como un objetivo apremiante, a la lucha de los pueblos y, en particular, a la de los más pobres que son siempre las primeras víctimas.

Los fundadores del socialismo llamado científico afirmaron que el capitalismo había engendrado su propio verdugo, refiriéndose al proletariado industrial, sujeto protagónico de la lucha de clases que -de acuerdo con esa visión- debía concluir con la instauración del socialismo y la extinción definitiva de una estructura social integrada por clases sociales diferentes con intereses contrapuestos. La historia parecería haber desmentido esa profecía, en tanto los trabajadores industriales y el resto de los asalariados, en general, han admitido el encauzamiento institucional de aquel conflicto social por vías que funcionan con eficacia relativa pero que, sin duda, han enfriado notoriamente la posibilidad de una eclosión revolucionaria.

Pero el capitalismo lo hizo de nuevo. Ahora engendró a los excluidos que, de acuerdo con todas las previsiones científicas, serán cada vez más en la medida del avance incontenible de la automatización de los procesos productivos y de otras actividades humanas. Esa población excedentaria, marginada y condenada será el nuevo verdugo, porque no es imaginable la persistencia de una sociedad constituida por pequeños islotes de riqueza y disfrute en medio de un mar tempestuoso de masas carecientes y desesperadas.

Nadie ha denunciado estas plagas con más fuerza y más amor a los hombres y mujeres que las padecen que el Papa Francisco. Es bastante común que en el Movimiento Evita se repitan sus palabras, se utilicen sus metáforas y se compartan muchas de sus conclusiones. Eso nos ha valido críticas de quienes creen ver la transformación de una organización política en otra de perfil religioso, y juicios disvaliosos de compañeros del campo nacional y popular que, condicionados por el prejuicio, no logran evaluar objetivamente la trascendencia de algunos factores. El Movimiento Evita, por supuesto, alberga a creyentes de credos diversos y a no creyentes. Pero ocurre que, ante la deserción de las izquierdas clásicas y el suicidio de los proyectos alternativos, Francisco se yergue como la única referencia de estatura global que denuncia al capitalismo salvaje y predica una sociedad justa y solidaria. Los creyentes potencian con su fe el significado de esa postura. Y los no creyentes lo ven como un compañero formidable en la lucha común contra la exclusión, la explotación y la desigualdad.

Y vaya si necesitaremos aliados y compañeros. Porque tenemos que recuperar la audacia de ser capaces de imaginar una sociedad nueva y de volver a fijar como objetivo de nuestro pensamiento y de nuestra acción cambiar la historia para crearla. Eso no implica necesariamente el fin de la propiedad privada ni la desaparición total del sistema de trabajo asalariado. En verdad no lo sabemos y tampoco pretendemos asumir el rol del que formula profecías. Pero sí parece indudable que las reglas del



capitalismo despiadado, en un futuro no demasiado lejano, dejarán de gobernar la vida de las personas. Que surgirán otros modos de producir pensando en las verdaderas necesidades de los seres humanos, con criterios de racionalidad y no de codicia. Que esas nuevas formas de producir se expandirán gradualmente integrando un nuevo y decisivo espacio de economía social, popular y solidaria. Que los estados volverán a fortalecer sectores fundamentales de economía de propiedad pública, también adaptados a las necesidades de la sociedad toda y no de círculos minoritarios, privilegiados y explotadores. Que posiblemente coexistan con sectores de economía privada, porque los procesos de cambio histórico son muy largos y graduales hasta que determinadas formas prevalecen sobre las otras, imprimen su sello y todos se anotan que, en verdad, ha nacido una sociedad distinta.

¿Cómo será esa sociedad...? No podemos saberlo a ciencia cierta. Pero sí sabemos con absoluta precisión cómo deseamos que sea y qué valores queremos que la guíen. Aspiramos a una sociedad regida por la justicia social, fundada en la solidaridad, amigada con el planeta y con la naturaleza, libre y segura, suficientemente próspera como para que todos puedan disfrutar del buen vivir y suficientemente inteligente como para que nadie pretenda acumular más a expensas de otros ni pueda mandar arbitrariamente sobre otros. Una sociedad de y para seres humanos felices en condiciones de realizarse en plenitud. Una sociedad en la que mujeres y hombres convivan en absoluta paridad de derechos, respetándose y amándose. Una sociedad a la que ansiamos llegar por vías democráticas y pacíficas, pero a la que no estamos dispuestos a renunciar.



y aniquiladora de todo potencial futuro si no se la procesa con responsabilidad intelectual y política y con profunda honestidad. Ese análisis es el que nos indica que, además de graves falencias electorales, incurrimos en deficiencias de gestión, errores de diagnóstico y consiguientemente deslices fatales en cuanto a la caracterización de los problemas a resolver y las medidas a tomar, déficit de transparencia, despreocupación por mantener cohesionado al bloque social en el que deben sustentarse las políticas nacionales y populares, y debilidad para inclinar en favor de los intereses mayoritarios la batalla por los contenidos que integran el sentido común de la sociedad argentina.

El examen y la determinación de nuestros errores será lo que marque el curso de nuestros deberes futuros.

Y es preciso tener en claro que el primero de esos deberes consiste en recuperar la confianza popular, derrotar a nuestros adversarios y recobrar el gobierno. Nadie, ningún sector ni grupo político por sí sólo, puede pensar en apropiarse

de esa tarea porque todos somos necesarios y porque la responsabilidad es de todos. De todos cuantos integran el bloque social en potencia, de todas las organizaciones sociales y políticas que agrupan, representan y expresan a cada uno de sus componentes, a sus diversos matices y a sus intereses comunes.

La derecha en el poder es astuta. Estimula la desconfianza entre los diversos componentes del campo popular, divide, promueve enfrentamientos, ocupa el centro de la escena con temas que no son sustanciales para los intereses mayoritarios, denigra, amenaza, extorsiona. Hemos

sido muy claros, antes de ahora y en este mismo documento, acerca de los casos comprobados de corrupción en el ejercicio de la función pública y los hemos condenado duramente. Lo reiteramos y lo reiteraremos toda vez que haga falta. Pero eso no constituye el centro de las preocupaciones populares y se utiliza para entretener, distraer y confundir mientras se ejecuta un proyecto sistemáticamente opuesto a los intereses del pueblo. Nosotros no pondremos palos en la rueda de ninguna gestión que tenga en cuenta esos intereses, pero nos oponemos frontalmente al avance de un modelo que implica aniquilamiento del empleo, desocupación, retroceso en la distribución de la riqueza, más exclusión, mayor desigualdad y la subordinación del país a los intereses dominantes en nuestra economía y en la economía global. El de Macri es un gobierno de ricos para ricos, que perjudicará a la mayoría y convertirá a una parte importante de la población en excedentaria y descartable.

Y estamos seguros de que, si en función del logro de sus fines debe reprimir, reprimirá. Ya ha quedado demostrado

X - El primer paso.-

Quizá ahora se entienda mejor por qué reclamamos -y practicamos- la autocrítica. Después de doce años de avanzar en la dirección correcta estableciendo mojones indicativos de una marcha ascendente, perdimos el gobierno a manos de una derecha conservadora y neoliberal, desfachatamente representativa de los intereses más concentrados y del modelo que ha sumido en la miseria y el desamparo a muchos pueblos, incluyendo algunos del grupo de países con mayor grado de desarrollo. Es decir, al cabo de una larga marcha y de muchas luchas, hemos quedado más lejos que antes de la luz que, al final del túnel, preanuncia la cercanía de esa nueva sociedad. Y hemos experimentado esa pérdida en el marco de una confrontación democrática, por la voluntad mayoritaria de la ciudadanía. Tal experiencia puede resultar ferozmente traumática



que la institucionalidad republicana es una mera apariencia. El secuestro de Milagro Sala por un aprendiz aventajado de señor feudal que cuenta con el respaldo y la complicidad del Presidente de la República, confirma que cuando lo consideran necesario los límites desaparecen. No vacilaron siquiera en colocar a la Argentina -que se había ganado el respeto del mundo entero por su defensa de los derechos humanos- en una posición inexplicable e indefendible ante todos los organismos especializados del orden institucional continental y mundial. La conducta gubernamental al respecto es inadmisibles pero ilustrativa y nos impone a todos el deber de reiterar la exigencia de que la compañera Milagro Sala recobre su libertad en forma inmediata, a la par que ratificamos nuestra fraternal solidaridad para con ella.

El primer objetivo consiste entonces en derrotar a quienes propician ese futuro ominoso y ello supone un frente tan amplio como sea posible, que comprenda a todo el peronismo, incluidos sus desprendimientos en tanto no hayan renegado de su significación histórica y a todas las corrientes no peronistas que integran con pleno derecho el campo nacional y popular. Y a ese frente tenemos que sumarnos todos con entrega militante y abnegación patriótica sin que nadie, absolutamente nadie, tenga derecho a entorpecer su formación anteponiendo intereses personales, egos exacerbados, visiones sectarias o pretensiones de predominio.

XI - Las bases de un proyecto para cambiar la historia.-

En cambio sí será preciso que ese frente repose en coincidencias programáticas troncales que garanticen la voluntad compartida de reanudar la marcha hacia la consolidación nacional y la liberación social. Dicho programa será el fruto de la elaboración colectiva, y si bien deberá tener como objetivos hacer realidad la inclusión, la igualdad y la justicia social, también deberá prestar particular atención a la implementación de una política sustentable de desarrollo productivo que provea los recursos indispensables para tornarlos factibles. Las políticas públicas que se enuncian seguidamente son una primera contribución a esa tarea colectiva y constituyen, a juicio del Movimiento Evita, parte imprescindible del programa común para construir el futuro.

- Promover, en el momento oportuno pero lo antes posible, la reforma de la Constitución Nacional con el fin de dejar establecido que es voluntad del pueblo argentino constituir una república democrática que sea un Estado social de derecho, regido por el principio de la justicia social, fundado en la solidaridad y en la igualdad, comprometido con el desarrollo equilibrado de todas sus regiones y provincias, con la distribución equitativa de los frutos del desarrollo y con el cuidado del medioambiente, y cuyo fin último es asegurar el máximo respeto a los derechos humanos entendidos en su acepción más amplia que incluye los de naturaleza económica, social y cultural y crear las condiciones propicias para el buen vivir de sus habitantes.

La Constitución Nacional ratificará el respeto a la propiedad privada, estableciendo que la misma, sin perjuicio de los derechos de quien fuere su titular, tiene prioritariamente una función social

que deberá ser interpretada en armonía con los principios precedentemente enunciados.

Ello sin perjuicio de las demás reformas que tiendan a preservar el respeto a la división de los poderes, la participación equitativa de las provincias en la distribución de los ingresos de naturaleza impositiva, la modernización del Estado, la educación pública como factor de inclusión social y nivelación igualitaria del conocimiento en niveles de excelencia y demás precisiones o innovaciones que guarden la debida coherencia con las definiciones básicas establecidas.

- Plan decenal de construcción de vivienda social, a razón de 300.000 unidades por año y con miras a eliminar el déficit estimado en tres millones de viviendas a las que se agregan 100.000 por año. Este plan crearía 2,3 millones de puestos de trabajo directos y 750.000 indirectos y costaría 2,5% del PBI por año si las obras las realizaran los cooperativistas del plan Argentina Trabaja (los actuales más un millón y medio nuevos). Ese costo es equivalente a lo que se pagará en 2017 por intereses de la deuda.

- Programa sistemático y continuo de urbanización de las villas de emergencia y asentamientos precarios en general que, además de la edificación de viviendas, incluya la implementación del suministro domiciliario de electricidad, agua corriente y gas, trazado y pavimentación de calles y veredas, construcción de cloacas y establecimiento, en condiciones adecuadas, de los servicios públicos de educación, atención médica y seguridad.





- Convertir a los beneficiarios de subsidios sociales directos en integrantes de cooperativas de trabajo social, tendiendo a hacer de ellos genuinos emprendimientos productivos, con asistencia técnica estatal y, de ser necesario, asistencia financiera y reservas de mercado referidas a obras públicas y, en especial, las tendientes a modificar su propio hábitat, de modo que operen con la eficiencia exigible pero en un medio no competitivo, sin otro fin lucrativo que no sea el de financiar los costos de la propia actividad, perfeccionar su organización y dotación tecnológica y garantizar a todos sus integrantes salario digno y protección semejante a la de un trabajador asalariado en situación regular.

- Suministrar el mismo apoyo bajo similares condiciones a aquellos trabajadores independientes que, aun sin percibir subsidio alguno, desempeñan actividades de subsistencia -que al mismo tiempo poseen interés social- tales como cartoneros, motoqueros, vendedores ambulantes, artesanos, operarios que sólo hacen changas y demás sectores de la economía popular informal, instando su asociación en cooperativas de trabajo social.

- Brindar la asistencia necesaria a las empresas recuperadas, comenzando por consolidar su situación jurídica, para que puedan competir y asegurar a sus trabajadores condiciones remuneratorias y de protección social similares a las de los asalariados que realicen iguales tareas en condiciones laborales normales.

- Promover la agricultura familiar, así como las actividades productivas de esencia comunitaria procurando, en ambos casos, que alcancen niveles de productividad y calidad apropiados y que posibiliten a los respectivos trabajadores condiciones de vida dignas.

- Adoptar las medidas necesarias, incluida la creación de los organismos que fuere menester, para concretar la relación directa entre esos productores y los consumidores, de modo de abaratar los productos y, simultáneamente, mejorar la ecuación económica de esos núcleos de trabajadores.

- Fomentar el arraigo en el medio rural de los trabajadores de la agricultura familiar y de la producción

comunitaria y el retorno de los que han debido migrar, mediante la ejecución de las políticas ya indicadas y la facilitación del acceso a la vivienda y a los servicios básicos necesarios a partir de una nueva legislación sobre tierra urbana y rural.

- Asegurar la efectiva implementación del Salario Social Complementario instituido por la Ley 27.334, con la naturaleza de una asignación universal destinada a integrar un ingreso total conformado que asegure a los trabajadores excluidos del mercado regular de trabajo la percepción de un importe mensual no inferior al Salario Mínimo, Vital y Móvil con los alcances que le atribuye el artículo 116 de la Ley 20.744.

- Instar la creación de empleos de nueva generación en el ámbito de la promoción de la salud, asistencia a las personas no autoválidas, preservación medioambiental, nuevos circuitos de distribución de productos de primera necesidad, transformación del hábitat de los sectores más vulnerables y demás actividades vinculadas a la satisfacción de objetivos de interés social, capacitando para su desempeño a jóvenes provenientes de esos mismos sectores sociales.

- Priorizar resueltamente el transporte ferroviario de carga y de pasajeros, restableciendo primero y expandiendo luego la red semiabandonada, recuperando talleres propios, poniendo al servicio de ese propósito al polo tecnológico y a las universidades y volviendo a poner en pie la metalmecánica con tecnología de punta para volver a producir locomotoras, coches y vagones apuntando simultáneamente a interconectar el país, promover el desarrollo regional, propiciar el arraigo en sus lugares de origen de las poblaciones del interior, abaratar costos de transporte, mejorar la seguridad de las cargas, sustituir importaciones, crear puestos de trabajo, disminuir el consumo de combustibles y proteger el medio ambiente.

- Impulsar una profunda reforma educacional que libere a la educación pública de su condición actual, pues se ha convertido en un sistema de escuelas para pobres que opera como un componente fundamental de la matriz en la que se origina, reproduce, agrava y perpetúa la desigualdad social. Es imprescindible que la enseñanza pública gane en excelencia, abandone criterios obsoletos y se convierta en un factor de



inclusión en lugar de serlo de discriminación. Esto significa la universalización del doble turno, de la enseñanza de idiomas y el tránsito del enciclopedismo ilustrado en versión ultra básica a la enseñanza innovadora, que estimule la actividad intelectual, la creatividad y la imaginación y vincule estrechamente la teoría con la práctica y con la realidad social, remunerando a los docentes en concordancia con el carácter esencial de la misión que les ha sido encomendada.

- Promover la igualdad y la equidad con una perspectiva de género en la distribución y acceso a los recursos económicos, naturales, productivos y financieros; en el reconocimiento y la representación paritaria en todos los espacios de la sociedad; en el goce de una vida libre de violencia y la posibilidad de decidir sobre el propio cuerpo; en el desarrollo y fortalecimiento de políticas y servicios universales del cuidado, partiendo del reconocimiento de que éste es un derecho de todas las personas que debe ser compartido por el Estado, el sector privado, la sociedad civil y los hogares, así como entre varones y mujeres.

No se trata de un plan de gobierno. Es apenas un puñado de políticas sociales transformadoras que hemos enunciado para delinear el perfil de lo que creemos necesario hacer y para mostrar que es posible volver a pensar en

la integración, en la solidaridad, en vivir en paz, en ser felices. Deberá comenzarse por impulsarlas mediante la acción legislativa y después sí, completándolas con muchas otras, desde el gobierno. Se trata de contemplar la necesidad y la conveniencia de que existan tres ámbitos de actividad económica -uno privado, otro público y un tercero social, popular y solidario-, armonizarlos y fortalecerlos para beneficio común. Deberán convivir y complementarse durante largo tiempo, hasta que la historia, cuando las condiciones estén dadas, registre las características definitivas de la sociedad por venir.

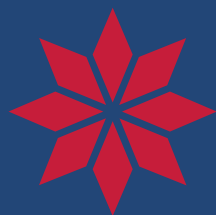
Pero se trata, por sobre todas las cosas, de no matar las esperanzas y los sueños de quienes creen posible cambiar la realidad y conseguir que ciertamente la vida merezca ser vivida, para todos y no sólo para unos pocos.

El Movimiento Evita no quiere ser otra cosa que una herramienta al servicio de los que sueñan y tienen fe en sus sueños y de los que esperan y se sienten fuertes como para hacer que las esperanzas fructifiquen.

Pero eso sí: nadie, nunca, conseguirá que dejemos de luchar por esos sueños y por esas esperanzas. Porque el que sueña y lucha es nuestro pueblo, y nuestro pueblo y nosotros somos lo mismo, lo fuimos ayer, lo somos ahora y lo seremos siempre. Ese es nuestro compromiso.



CONGRESO NACIONAL
**TIERRA
TECHO
TRABAJO**



movimiento
Evita